

La fragilidad de los héroes solitarios



Felipe Hourcade

FLUIR
EDITORIAL



En el comienzo, hay un mito de origen: un niño solitario y demasiado inteligente, acechado por las miserias y las crueldades del mundo, descubre que lo imaginario, ese reino al que accede a través la lectura, puede servirle de refugio. Más tarde, cuando se decida, quién sabe por qué razón, a dar el salto a la escritura, ese niño, disfrazado de joven, descubrirá otro modo más riesgoso de vivir entre imágenes: contar, para que el mundo se convierta en un teatro de metamorfosis imprevistas y coexistencias perturbadoras. En los trece relatos que componen este libro, Felipe Hourcade pone en funcionamiento la máquina literaria para que cada cosa se comuniquen con su contrario (la ferocidad con la ternura, la sumisión con el sadismo, el éxtasis con la agonía, la imaginación con la realidad) hasta hacernos presentir una secreta, y acaso intolerable, continuidad.

Alberto Giordano

Felipe Hourcade nació en Concordia (Entre Ríos) en 1999. Es estudiante de la carrera de Letras en la Universidad Nacional de Rosario. Se ha desempeñado como jurado del concurso literario “Lebu en pocas palabras” (Lebu, Chile) en 2017 y en 2020.

La fragilidad de los héroes solitarios es su primer libro de cuentos.

Fotografía de tapa: Diego Armando Susán
Diseño de tapa y maquetación: Julián Rebot

Primera edición

© 2020 / Fluir Editorial. Concordia, Entre Ríos

Esta edición cuenta con el apoyo de



La fragilidad de los héroes solitarios

Felipe Hourcade

*“Algunos de nosotros somos tan cobardes,
que nunca podríamos convertirnos en héroes,
ni siquiera metiéndonos miedo. Quizás sepamos demasiado.
Algunos de nosotros no vivimos en el momento presente:
vivimos un poco adelantados o un poco atrasados”*

Miller, Trópico de Cáncer.

*“Todas las cosas existen, reclaman existencia,
y de este modo se juntan situaciones,
portadoras a veces de poderosas configuraciones emotivas,
y acaba cumpliéndose un destino”*

Houellebecq, Serotonina.

Prólogo

Todo acontecer mecánico encierra fuerza de voluntad. ¿Qué es eso que se deja ver y tocar? Lo verdadero. ¿Lo que no? También. Los epígrafes existen, Houellebecq toma posición, por el mero hecho de existir, en la apertura del libro. Aclama: todo lo que existe reclama derecho de existencia. Triunfa.

Después se abre el espacio narrativo, aparecen los relatos, el espacio de los relatos, los personajes, el espacio de los personajes, las situaciones, el espacio de las situaciones. Espacio colmado por el agridulce, indomable, animal oscuro. Entramos en un debate constante, subterráneo, impreciso, entre dos puntas de la experiencia de mundo, lo experiencial físico, sensual, y lo experiencial ideal, inmaterial. Los personajes nacen al relato sin saber a qué punta aferrarse, cómo proseguir, cómo concluir, poniendo en funcionamiento, así, a la máquina misma de la imprecisión y del azar que hace de base narrativa. Se pierden. Se pierden en la experiencia o se pierden en el texto. O, quizá, se pierden en el intento de comprender en qué vía de la pérdida concluirán, si devendrán idea o desencadenamiento del cuerpo. Ningún avatar termina por ser el mismo que comenzó en el inicio del relato. Pero esto no se da por mero avance narrativo, es decir, porque A sea igual a B, sino porque el avance mismo, la puesta en práctica de la máquina contrastiva, da lugar a lo mecá-

nico y, en consecuencia, a la liberación de la fuerza de voluntad, es decir: porque A vence a B, o viceversa. El polo corporal y el de la idea se debaten en una lucha que acabará por destinar a cada personaje, por conducirlos a una resolución radical en uno u otro extremo.

El cuerpo y su experiencia son un arma fundamental en cada relato. Las marcas de lo perverso, sádico, lo tangible inmediato. El cuerpo llega, por distintos motivos, a excesos, se encierra y se guarda como cuerpo, en tanto que cuerpo y en la práctica propia del cuerpo, pero no se limita, en ningún caso, a ser mera corporalidad, porque aparecen ideas, vagos recuerdos, proyecciones, introspecciones, que surgen en el intento de tomar posición en el relato. En algunos casos, incluso, se dará en sentido inverso, y lo que inicie siendo idea acabará por ser materia.

Así, el impulso de ingerir alcohol y una llana narración de tal impulso se ven obturados por el recuerdo de un examen, del aprendizaje de un idioma. El recuerdo, la idea, violenta al ritmo narrativo, que se entrecorta, y a las posibilidades concretas del cuerpo narrado, que también se entrecortan. Prima el cuerpo, pero obtuso.

Así, un cuerpo llevado al límite por la extensión de su vejez (y, coincidentemente, por la extensión del relato), encuentra un punto de fuga en el vislumbre de la melodía de un piano difuso. Prima la idea ante el desgaste del cuerpo.

Así, la idealización amorosa, un discurrir empalagoso de su discurso, acabará con una quemadura en el cuerpo. Prima el amor, el alma, pero cicatrizada en la ceguera.

Así, una mente encerrada en un mundo no experiencial acabará por reconocerse en la animalidad de un panda de circo, a la vez que un animal de circo acabará por circunscribirse al mundo simbólico de lo humano. ¿Qué prima?

Podríamos seguir enumerando, pero la confrontación no cesa. Quizá la riqueza de cada uno de los relatos radique en eso mismo, en que el enigma que recorre todo el libro, independiente incluso de los relatos, no es resuelto. Si el debate es mecánico, maquínico, es al mismo tiempo irresoluble, porque cada pieza encaja en la condición de la discrepancia. El libro nos recuerda que somos esta máquina.

De la precisión poética de Cuerpo en exilio, de Jorge Eielson (Noche oscura del cuerpo: 1955), desprendemos la imprecisión fundante de La fragilidad de los héroes solitarios:

Tropezando con mis brazos

Mi nariz y mis orejas sigo adelante

Caminando con el páncreas y a veces

Hasta con los pies. Me sale luz de las solapas

Me duele la bragueta y el mundo entero

En una esfera de plomo que me aplasta el corazón

No tengo patria ni corbata

Vivo de espaldas a los astros

Las personas y las cosas me dan miedo

Tan sólo escucho el sonido

De un saxofón hundido entre mis huesos

Los tambores silenciosos de mi sexo

Y mi cabeza. Siempre rodeado de espuma

Siempre luchando

Con mis intestinos y mi tristeza

Mi pantalón y mi camisa.

Thiago Susán

Saturno

“Empecé mi vida como sin duda la acabaré:

en medio de los libros”

Sartre, Las Palabras.

En terapia estoy trabajando, entre otras cosas, mi relación con la literatura. La psicóloga dice que vivo la lectura como un refugio. La primera vez que lo mencionó, sus palabras no me sorprendieron ni un poco. Es un hecho que reafirmo constantemente, cada vez que me siento en el sillón, al lado de la biblioteca. Sin embargo, no siempre puedo leer; en especial cuando estoy atravesando un momento crítico. He pasado meses horribles a nivel anímico que no me han permitido bajar la vista y continuar con la novela de turno. No, porque cuando uno está angustiado se paraliza. Ir de la cama al sillón resulta una idea imposible de acometer. Pero, como dice el dicho: no hay mal que dure cien años. En el presente relato, omitiré qué artilugios utilizo para poder levantarme de la cama -es decir, pasar de la parálisis de angustia

a la tranquilidad anímica- porque la verdad es que no tengo ninguno. Simplemente sucede. La angustia aparece sin que la llame, como el amanecer, y se va sin que la eche, como el sol a la tardecita. Entonces, me pongo de pie y regreso, feroz, a la literatura, dispuesto a devorarlo todo. Recuerdo, por fin, aquello que me hace vibrar. Vuelvo con más fuerza que antes y reafirmo que la literatura es y siempre ha sido mi refugio. Anoche, por ejemplo, no podía dormirme. Tomé un ansiolítico entero, di varias vueltas en la cama, y, aun así, no pude conciliar el sueño. Me levanté, y me puse a leer *La evolución de las especies*. ¡Ah, pero qué intelectual! No, no, es una versión simplificada del libro de Darwin, no se apresuren. Nunca suelo leer este tipo de libros, pero la verdad es que necesitaba algo que me ordenara, una lectura, de cualidad científica, alejada de la ficción. Prendí un cigarrillo, me recosté sobre la cama, -el ansiolítico te vuelve un lector horizontal de inmediato-, y me dispuse a leer. En determinado momento, un recuerdo me asaltó con tanto poder que creí que estaba por volverme loco.

Mis padres se separaron cuando yo tenía cinco años, justo antes de que ingresara a la escuela primaria. Desde jardín de infantes hasta finalizar los estudios secundarios, siempre fui el menor de mis compañeros debido a mi fecha de nacimiento. Uno de mis mayores logros fue ser el primero en sala de cinco en aprender a leer. Después de eso, se empeñaron en comprarme libros infantiles. Recuerdo haber leído algunos, pero no me interesaban demasiado. Además, las letras eran muy grandes y los terminaba rápido. Cierta vez, fuimos a pasear con mi madre por nuestra estrecha ciudad y, al pasar por el kiosco de revistas de la plaza Urquiza, le pedí que me comprara una de la colección Billiken. Lo que más me llamaba la atención era la imagen de un leopardo en su portada. Devoré la revista en menos de tres días, y mi madre se encargó, sin que se lo pidiera, de comprarme la colección entera. Hubo una, que me marcó hasta el fin de los tiempos -que no es otro que este en el que regreso al refugio, a la literatura. Este número, tan particular para mí, hablaba del sistema solar. Desde Copérnico hasta los mínimos detalles de los distintos planetas que conforman la vía láctea. Lo que más me desconcertó de la lectura fue un planeta en particular: Saturno. Cuando comprendí, gracias a la revista -que, aclaremos, era fácil de leer, hecha para niños de mi edad o un poco más grandes-, de qué se trataba el sistema solar, los planetas, las galaxias, los meteoritos, etcétera, yo estaba por entrar a primer grado de la primaria. Aquel fue un año difícil, traumático, digno de ser borrado de mi memoria. Vivía con mi madre, en un departamento muy pequeño, bastante alejado del centro de la ciudad, y ella me llevaba a la escuela en un Renault 19 blanco que carecía de calefacción y que, como tenía el baúl roto, lo atábamos

con una soga para que no se levantara. Mamá era moza. En casa no faltaba el plato de comida, pero yo no podía permitirme tener los mismos lujos que mis compañeros. Los veía llegar en autos de alta gama, la ropa que usaban no estaba gastada ni la heredaban de sus hermanos mayores, hablaban de viajes, vacaciones y juguetes de edición limitada. Desde el primer día de clases hasta que cambié de mochila, se rieron de mí con crueldad. Decían que no había madurado, porque llevaba una mochila que les parecía infantil. Por este único motivo -más que suficiente, dada la angustia que me generaba-, la cambié en agosto. Mi madre me regaló una, no sin antes preguntarme qué estampado prefería, puesto que sabía que mis compañeros se reían de mi mochila porque era de los Power Rangers. Ella quería librarme de ese calvario. Le dije que, simplemente, me comprara una negra o azul. El día del niño apareció con una mochila Adidas que me salvó de tener que asesinar a alguno de mis compañeros clavándole un lápiz con la punta afilada en la yugular. Pero yo era demasiado sumiso, en ese entonces, como para hacer semejante cosa. Todavía recuerdo los escupitajos en la mochila, los gritos que me secundaban cuando entraba al aula -tarde, por la deficiencia del auto y la lejanía de mi hogar, cuando ya todos estaban en sus asientos-, y el dolor de querer, sin resultado, seguir el consejo de mamá, que mientras íbamos en camino me decía “ignorarlos es la mejor defensa, porque si te enojas, perdés. Ellos lo que quieren es provocarte, que llores, que pateales y, sobre todo, que te enojés. Si vos te enojás o te ponés triste, lo único que hacés es darles pie para que sigan jodiéndote”. El consejo no funcionó. Ante mi indiferencia, los insultos y la violencia de mis compañeros se volvían cada vez más graves. Pero mientras ellos se preocupaban por comprarse más y más, por tener los mejores juguetes, los últimos y más caros, yo leía. Yo leía porque era inteligente -sos un genio, me decía mi madre, por eso te molestan, y, además, sos hermoso, ¿cuántos de los que te molestan son tan hermosos como vos?- y porque sabía que lo que mejor podía hacer para derrocarlos era seguir nutriéndome de lo que me enseñaban las revistas Billiken y mis maestras -que, por cierto, eran bastante inoperantes en cuanto al bullying que se desataba en medio de sus clases.

De toda la colección Billiken, la única revista que volví a releer durante ese tiempo fue la del sistema solar. Yo no quería ir más a la escuela. Sufría mucho. Si bien el problema de la mochila estuvo resuelto en agosto, las amonestaciones de mis compañeros aumentaban con el paso del tiempo. Nunca entendí qué era lo que les molestaba de mi persona. Tal vez mi madre tenía razón: soy muy inteligente, y cuando uno es muy inteligente -más aún en la niñez- sobresale, y eso, a los demás, a los que no están en el mismo nivel, les genera frustración, enojo y, sobre todo, envidia. Me

sentaba primero y respondía a casi todas las preguntas de las maestras. A veces me quedaba callado, aunque supiera la respuesta, porque no me daban ganas de hablar. Mi madre, efectivamente, tenía razón. Mis compañeros me molestaban a causa de la envidia que les generaba mi sobresaliente inteligencia.

Retrocedamos. Primer grado. Escuela primaria bilingüe. Es domingo. Estoy en casa, solo con mi madre. La escucho llorar en el cuarto contiguo. No puedo dormir, me quedo despierto mirando el techo tanto tiempo que comprendo que no voy a poder dormir en toda la noche, me levanto y le toco la puerta a mamá. Ella me dice “cerrá los ojos y dormí”, y se da vuelta. Es obvio que está llorando, y que simula seguir durmiendo para que no la vea, me doy cuenta por su voz a punto de quebrarse. Vuelvo a mi cuarto, prendo la luz y tomo de la estantería la revista *Billiken* que habla del sistema solar. Saturno, Saturno, Saturno. Me informo bien sobre este planeta, toco los anillos amarillentos que se estampan sobre el papel, lo deseo, me entristezco un poco al recordar que es un planeta exterior gaseoso y cuando releo el párrafo que habla sobre su carácter inhabitable, se me caen unas pocas lágrimas. Nunca voy a poder llegar allí. Tiempo después comprendí que mamá sufría por lo mismo, ya no podría llegar a donde quería llegar. La familia se había desmembrado. El tiempo pasado es irre recuperable. Un lugar que, como Saturno, no podemos habitar.

Lunes a primera hora: Ciencias Naturales con la seño Carolina. Llego sin dormir y muerto de frío. Todavía no tengo la mochila Adidas, es principio de agosto, faltan dos semanas para el día del niño y en el izamiento a la bandera, sin que me dé cuenta, mis compañeros escupen mi mochila de Power Rangers. No lloro, ni me enojo, ni pataleo. Me aferro a las palabras de mi madre y a la lectura de la revista *Billiken*. Los anillos de Saturno, amarillentos, planeta exterior gaseoso, su nombre proviene del dios romano Saturno; Saturno, planeta visiblemente achatado en los polos con un ecuador que sobresale formando un esferoide ovalado, característica que se debe a su rápida rotación, su naturaleza fluida y su relativamente baja gravedad. En mi cabeza intento reproducir indefinidamente la información que tengo sobre Saturno. “Power power rangeeeers, sos tremendo neneeeeee”. Me esfuerzo con el cuerpo entero, siento que vibro. “Power power rangeeeers, sos tremendo neneeeeee”. Me cuesta hacer oídos sordos si la sangre me hierve en las venas. “¡Hey! ¡Hey!” dice alguien y me toca el hombro con el dedo índice. No hago caso. Ignorarlos es lo mejor que puedo hacer. Saturno, anillos amarillentos, planeta exterior gaseoso. “¡Hey! ¡Hey!” el dedo índice aprieta repetidas veces y cada vez con más fuerza. Me doy

vuelta. Es uno de mis compañeros. Tiene la cara alargada y una sonrisa demencial. “Te quería decir que el jardín de infantes queda para allá” dijo, y señaló hacia el otro lado del patio, donde, de hecho, se encontraba el jardín de infantes. Me quedé callado mientras lo miraba a los ojos. La sonrisa de él aumentaba y seguía diciendo “Power power rangeeeers, sos tremendo neneeeeee”. Miré alrededor, en todas las direcciones, para ver si había alguna señorita cerca. Ninguna, todas estaban ocupadas cantando el himno y viendo cómo dos alumnos izaban la bandera. Yo llegué temprano a la escuela, había visto el amanecer entrando por la ventana de mi cuarto y después desperté a mamá llevándole el desayuno a la cama. No había dormido nada, y los pensamientos se agolpaban en mi cabeza con tal rapidez que sentía que ya no podía controlar nada de lo que estaba pasando ahí dentro. “¿Vos sos sordo o pelotudo? Te dije que el jardín de infantes queda para allá”. Lo agarré del cuello de la camisa y lo conduje hasta el fondo del patio, donde los árboles y arbustos hacen tanta sombra que, como en un bosque, no se ve lo que sucede por entre las hojas. Como éramos los últimos de la fila, ninguno de sus amigos vio que nos íbamos. Lo tiré contra la tierra, negra y dura, y luego le pegué una patada con el tacón de mi zapato en el ojo izquierdo. “Si no querés que te pase lo mismo otra vez, callate la boca. Ni a tus amigos ni a las señoritas les contás” le dije, quebrado, como mamá, anoche, cuando la desperté. Recuerdo cómo lloraba, cómo me daba la espalda. Mi compañero tirado sobre la tierra negra, tapándose la cara con las dos manos, también me daba la espalda. “Era joda, era joda, era un chiste nomás, perdón” decía. Me dio lástima. Mamá, ahora que lo pienso, también. Lo ayudé a levantarse, y caminé más rápido que él para que no nos vieran volver juntos. Todo seguía en su lugar. Me puse la mochila de los Power Rangers y la señorita nos dirigió al aula. Cuando Carolina, la de Ciencias Naturales, le preguntó a mi compañero qué le había pasado, él dijo “me pisó el ojo un ternero, en el campo”. A sus amigos les dijo lo mismo. Faltó tres días a la escuela. Cuando volvió, a su ojo izquierdo lo rodeaba una aureola amarillenta, y en el centro de esa aureola había una mancha violeta que prometía borrarse pronto. Era viernes y otra vez teníamos Ciencias Naturales. La señorita Caro preguntó “¿qué planeta del sistema solar posee anillos a su alrededor?”.

Levanté la mano.

-Saturno -dije, y miré de reojo a mi compañero.

Primer piso

El vecino se adueñó de mi camisa. Eso fue lo que me dijo el portero y yo sospeché lo mismo. Después de dos días sin ir a buscarla, me asomé al balcón pero vi que ya no estaba en el patio. Había caído sobre unas plantas. Primero pensé, sin motivo alguno, que a lo mejor vivía una señora mayor en el primer piso y quizás la había recogido para guardarla en su casa. Cuando bajé y toqué el timbre -era el único departamento con patio en todo el edificio- supe que no era una anciana quien vivía ahí. Al contrario, la voz que me respondía desde el otro lado de la puerta le pertenecía a un hombre ¿Quién es? me preguntó, sin abrir. Soy un vecino, del noveno... ayer se me cayó una camisa por el balcón y creo que está en su patio. Le mentí, un poco avergonzado por haber demorado tanto en ir a recuperarla. A ver, esperá, me fijo y te digo, respondió. Pasaron menos de dos minutos cuando volví a escuchar su voz. No, no está acá, concluyó. Ah bueno, está bien, ¿no sabés si algún otro vecino tiene patio? pregunté, aunque ya sabía la respuesta. No, los otros no tienen patio, me dijo sin abrir la puerta, pero hay uno al que se accede por la planta baja, al lado de los ascensores, finalizó. Ah, listo, a lo mejor está ahí entonces, la voy a buscar, gracias, le dije y me fui. Tenía mucho trabajo en la oficina y postergué el asunto dos días más. Si bien la camisa me gustaba -era negra con triángulos blancos-, y me había salido muy cara, perdí el entusiasmo por encontrarla apenas me enteré de

que el vecino no la tenía.

Esta mañana, mientras tomaba un café con leche en el bar de al lado del edificio, me crucé con el portero, había entrado a comprar un expreso para llevar. Antes de que saliera, le hice señas y se acercó a mi mesa. Le conté lo sucedido y me pidió que lo acompañara para ver si la camisa había caído en el patio de la planta baja. Entramos por una puerta negra y salimos a un espacio cuadrado, no muy grande. En el fondo había algunas maderas y chatarras de metal amontonadas. El resto del lugar estaba vacío. Le dije que la camisa había caído arriba de unas plantas. Miramos para arriba y ahí estaban las plantas que yo había visto desde mi balcón. Nos quedamos un rato así, observando en silencio. El vecino del primer piso me dijo que no había caído en su patio, sin embargo, yo mismo vi cómo la camisa aterrizaba sobre las plantas, señalé. Se la adueñó, me contestó el portero. Al parecer sí, le respondí, pero bueno, qué se le va a hacer, era una camisa nomás. Estuve a punto de comentarle la actitud tan extraña que había tenido el vecino cuando fui a tocarle el timbre, eso de no abrirme la puerta para charlar. Enseguida me arrepentí. Me disculpé por haberlo molestado. Dijo que no era nada y nos despedimos al lado de los ascensores.

Lo que hice fue realmente una negligencia de mi parte. Habíamos salido a comer con Sonia esa noche y antes de entrar a la pieza me saqué la camisa porque hacía un calor insoportable. La tiré, entonces, arriba de la baranda, para que se airee, y en vez de quedarse ahí apoyada, como siempre sucedía, se deslizó y cayó. Me asomé al instante y vi cómo aterrizó, abierta, sobre las plantas. La luz del patio del primer piso estaba prendida y eso me permitió distinguirla. En el momento no me importó y, a pesar de las burlas de Sonia, nos fuimos a dormir sin más parafernalia. Después, bueno, pasaron dos días hasta que fui a lo del vecino y dos más hasta que me encontré con el portero.

Ya no me interesa recuperarla. Sin embargo, no dejo de preguntarme, cada vez que me encuentro con alguno de mis vecinos, es decir, todos los días, si alguno de ellos es el que se adueñó de mi camisa. Después de varias semanas empecé a sospechar de un tipo, de cincuenta años aproximadamente, que nunca habla y siempre anda con aires de ermitaño. Las pocas veces que lo saludé con un simple hola o buen día, sentí que lo molestaba. Es una de las personas con las que menos me cruzo en el edificio. Vale aclarar, tengo una memoria tremenda para los rostros. Estila una barba blanca, de no tantos días, que siempre se mantiene igual, anda de saco y camisa, incluso cuando hace calor. Se viste de manera formal, pero no es precisamente una

persona elegante. Usa anteojos culo de botella y pareciera que va buscando algo en el piso; nunca levantó la cabeza para responder a mis saludos. A lo mejor ese día no me abrió la puerta porque estaba apurado, sin vestirse, o se le quemaba la comida, lo que fuera; de todos modos, la única hipótesis viable que se me ocurre es que estuviera desnudo. Porque, en definitiva, el tiempo que se pierde si hablamos de apuro es mínimo. Abrir la puerta y ya, para saber quién está del otro lado.

Me olvidé por completo de la camisa y del vecino. Hasta que, un día, confirmé que él era el vecino del primer piso, y le di finalmente la razón al portero.

Tomé el ascensor y apreté el botón que dice PB. La máquina se detuvo antes de llegar a destino. Era de noche y tenía que encontrarme con mi secretaria en la oficina para luego ir a un motel. Los jueves Sonia se reúne con sus amigas y yo aprovecho la oportunidad. Alguien abrió la puerta en el primer piso. Entró, entonces, el vecino que se adueñó de mi camisa. Cerró y me dio la espalda. Lo saludé. Giró y, por primera vez en todo ese tiempo, levantó la cabeza y me miró mientras hacía un movimiento que signifiqué como saludo. Vestía saco gris y una camisa negra con triángulos blancos. Mi camisa. No me molestó para nada. Hasta pensé que le quedaba mejor que a mí. Lo miré detenidamente, después de responderle el saludo con una leve inclinación de cabeza, y supe que era el tipo del noveno piso, uno de los pocos que me saluda, supe que era él porque reconocí de inmediato la misma voz que me había hablado desde el otro lado de la puerta aquel día en que me levanté desnudo a la siesta porque tocaban el timbre; me miré en el espejo del ascensor y pensé en Sonia, en que debía encontrarme con ella en el restorán, como todos los jueves, y que con la camisa nueva estaba re pintón.

Las fórmulas no fallan

En lo profundo reconozco la razón por la cual me aventuré a pasar algunos días en Rosario, junto con dos amigos de mi hermana, que no soporto demasiado (es decir, de la manera en la que uno soporta a sus amigos) y la verdad es que, simplemente, me dejé arrastrar por un impulso, por una suerte de curiosidad. Llegamos el mediodía del viernes, dispuestos a quedarnos hasta el domingo a la tarde, para poder aprovechar el fin de semana. Los amigos de mi hermana, con los cuales me limité a compartir solo el viaje en auto, se iban a quedar en un hostel y me dijeron que si quería podía alojarme ahí. Rechacé la oferta porque no tenía ganas de seguir pasando tiempo con ellos y, además, iría a dormir a lo de un viejo amigo. El Pollo, había terminado la escuela conmigo y desde ese entonces, cuatro años, aproximadamente, no lo veía. Como dos noches y tres días no bastaron, y tampoco tenía compromiso alguno en el laburo, decidí quedarme unos cuantos días más y volver recién el otro viernes a Santa Fe. El veloz paso del tiempo, las caminatas improvisadas por la ciudad y el hecho de que podía gastar cuanto tenía (a excepción de los doce pesos para el pasaje, que bien guardados estaban) facilitaron mi estadía. Dormía en el sofá del living, con las patas para afuera, desmedidamente incómodo. Los días pasaron rápido. En ningún momento me detuve a pensar en ella y en nuestro hijo.

Encendí un cigarrillo en el hall del edificio, como esperando que sucediera algo, mientras la noche empezaba a caer sobre la ciudad, y volví a sentirme, rozando la incertidumbre con los pies en la vereda, después de mucho tiempo, solo. No tenía más plata y ya era hora de volver. Paré un taxi. A la terminal, ordené. Al llegar, fui hasta la boletería y pedí un pasaje para el primer bondi que partiera con destino a Santa Fe. Quince pesos, me dijo la empleada. Sentí un ardor que me recorría el cuerpo, ¡me faltaban tres pesos! Vengo después, le dije. Salí disparado hacia la calle, como un autómatas, aturdido, sin pensar en nada. Si tan solo hubiese gastado menos... pero bueno, ya está, ya está. Cuando atravesé la puerta, una sensación de vacío en el estómago me recordó que no había comido nada en todo el día. Pensé en ella, embarazada de dos meses, esperándome en Concordia, y la panza me dolió un poco más. Todavía tenía que contactar a la dueña del departamento de Santa Fe para devolverle las llaves, no sin antes cerciorarme de que todo quedara limpio y en condiciones. Por suerte, me lo había alquilado con los muebles incluidos y las pocas cosas que me pertenecían ya las había dejado en la casa de un amigo. Libros, una radio, ropa, pósters. De pronto, me figuré viejo y cansado. Fue reconfortante el recuerdo de mi cajita de ahorros, escondida con prudencia debajo de la cama (también alquilada, junto con el colchón, junto con el departamento). Ahora tengo que concentrarme en cómo volver, y después veré cómo resuelvo todo aquello, pensé. La idea de pedirle tres pesos prestados al Pollo estaba descartada; la piojera lo carcomía, solo disponía de los alimentos necesarios para sobrevivir el resto del mes. Busqué el encendedor en todos los bolsillos y no lo encontré; entonces, supuse que se me había caído en el taxi. Desorientado, me acerqué a un tipo que estaba tirado en el suelo, fumando, y le pedí fuego. Tenía la ropa sucia, el pelo y la barba le cubrían la cara y el cuello. Parecía simpático. Me senté al lado suyo y le pregunté qué hacía.

—Me llamo Torres. Bueno, así me dicen acá. No hago nada, pibe. Ni siquiera estoy pidiendo plata. Voy a esperar hasta las doce de la noche, acá sentado, y después me voy a cruzar al restorán de la esquina a ver si me dan algo para comer. ¿Vos qué haces? ¿Necesitás algo? —me contestó el tipo.

—Ah, mirá vos. Está perfecto, che. Me llamo Rodrigo. Estaba por irme pero me quedé sin plata para el pasaje de vuelta —le dije.

—¿A dónde te vas? Pero sos boludo eh, vos tenés que saber esas cosas ¿Qué vas a hacer ahora pibe? ¿Quedarte así como yo? Jajaja —me dijo Torres, con una enorme

sonrisa de dientes amarillos, manchados por el tabaco.

—A Santa Fe nomás. Y, voy a ver qué hago, no conozco a nadie acá —mentí-, seguro arranco a dedo. Bueno, loco, nos vemos —le dije, extendiendo mi mano para saludarlo.

—Nos vemos, pibe. Tené cuidado, eh. Jajaja. —dijo, estrechándome una mano áspera, de calle, de mugre. Torres parecía un tipo honesto.

Volví a entrar a la terminal porque me estaba meando y, además, porque no sabía qué hacer después de tantas vueltas. Quedarme en lo del Pollo hasta poder juntar los tres pesos también era una idea descartada. Tenía que volver lo más pronto posible, para llegar a Santa Fe y de ahí partir hacia Concordia. Saldría a dedo esa misma noche, sí, eso haría. Pero después de mear me di cuenta de que hacer eso, totalmente solo, era un pésimo proyecto. El frío, la oscuridad de la ruta, caminar viendo poco y nada, y hasta la idea de un posible secuestro, de que mi futuro hijo se quedara sin padre, me abstuvieron de cometer tal empresa. Así que, como en una película de acción, salí disparado hacia la calle nuevamente, con un plan de viaje formulado a la perfección e ideado en apenas pocos segundos. Ahí estaba Torres, como supuse, sentado todavía en el piso y con la vista puesta sobre el bar de la esquina. Cuando me vio, abrió los brazos y las manos a modo de interrogación.

—¿Qué pasó pibe? ¿No te ibas? —me dijo.

—Sí, pero me di cuenta de que no era una buena idea viajar solo —le contesté.

—Mirá, vení, sentate que te cuento algo —le hice caso y me senté contra la pared, al lado de él—. Vos me ves así, sucio, tirado en la calle. Capaz pensás que soy un borracho o un vago. Pero ya te dije que no pido plata y, además, casi nunca escabio. Estando en esta situación no me conviene. Aparte no me gustan los borrachos. Yo vivo así porque quiero. Me fui de mi casa a los dieciocho años, de allá del Chaco, éramos seis hermanos y mi vieja, solo había dos piezas, nos turnábamos para dormir. Un día, arranqué viaje con mis amigos, cuando terminé la escuela, después me fui quedando solo. Pensé que acá iba a encontrar ofertas de trabajo, pero me equivoqué. La vida me hizo fuerte, y ahora me doy cuenta de que estoy bien así, solo. Comprendo que no necesito a nadie ¿Entendés lo que te digo? Si tenés que irte solo, sin nadie, hacelo, tenés que creer en vos, guacho —me dijo Torres, desarticulando un

poco el plan que tenía en mente. No me quedó otra que sincerarme con él y decirle lo que tenía ganas de hacer.

—Mirá, Torres, lo que pasa es que no conozco las rutas de Santa Fe. No sé si ya te lo dije pero soy de Concordia, Entre Ríos, de un pueblo, digamos, y es la primera vez que vengo a Rosario. Lo único que tengo ahora son doce pesos y si vos me querés acompañar en el viaje son tuyos, te los doy ahora —le dije, mirándolo a los ojos, unos ojos sinceros, que por las arrugas de los costados se notaba que habían visto mucho, quizás demasiado.

Torres, aceptó la plata de inmediato pero, me sugirió que lo mejor sería esperar hasta el día siguiente para emprender el viaje, ya que la ruta se volvía más peligrosa de noche y los conductores no solían levantar a los caminantes. Acepté, no sin un poco de remordimiento, confiando en mi compañero. Era claro que tendríamos que dormir en la calle. A las doce en punto nos cruzamos al restorán de la esquina para pedir comida (no me impresionó que decidiera hacer esto en lugar de comprar algo con la plata que le di). Me dijo que lo esperara afuera y eso hice. Me paré a observar a Torres, a través de una de las ventanas laterales; fue directamente hacia la barra, saludó a quien parecía ser el encargado que, amigablemente, le entregó un paquete en papel madera. Salió con una sonrisa de oreja a oreja y me confesó que no probaba bocado desde la noche anterior. Le conté que yo también llevaba muchas horas sin comer. Nos instalamos en el mismo lugar que antes y en cinco minutos devoramos unas hamburguesas con papas fritas que, para impresión mía, estaban recién hechas. Como me sucede siempre que termino de comer en abundancia, el sueño se apodera de mí y me quedo dormido. A pesar de estar tirado en la calle, en el duro y sucio cemento de la calle, me quedé dormido.

Sol, dolor de cabeza, apenas un poco de fresco. Torres duerme sobre papeles de diario y cartones, con la boca abierta y roncando. Está muy abrigado y solo tiene un bolso como equipaje (y, por qué no, como casa). Al lado de su cuerpo, a la altura del tórax, hay una caja de Resero cortada en una de sus puntas, como si fuese una leche, me acerco, la sacudo: no tiene nada. Empiezo a recordar las cosas que tengo que hacer: viajar, entregar las llaves del departamento, volver a Concordia, ver a mi novia, acariciarle la panza y preguntarle por el bebé. Intento despertar a Torres, le toco un hombro, lo muevo apenas. Abre uno de sus ojos y luego el otro, levanta los brazos y hace sonar su cuello, sin dirigirme la palabra. Aprovecho para ir al baño. Cuando vuelvo lo encuentro conversando con una vieja que vende chipa frío afuera

de la terminal. Me acerco, tímidamente, y me convidan un mate. Es un buen tipo Torres. No sé de qué hablan pero presiento que todas esas cosas forman parte de su vida cotidiana: tomarse unos mates con la vieja, vagar durante el día (esto lo imagino), cenar comida del restorán y escabiar un vinito de vez en cuando. Estuvimos así un rato, hasta que le dije que ya era hora de partir. Me respondió que sí, que cargue una botella de plástico con agua en la canilla del baño y nos vamos. Cuando volví la vieja le estaba dando dos bolsas de chipá y, luego, un abrazo. Me figuré que Torres tendría siempre lugares a donde volver.

El viaje duró un día y medio. Llegamos a Santa Fe el domingo a las tres de la tarde. En total, nos habían levantado cuatro personas y tuvimos que caminar veinte kilómetros durante la noche. Torres tenía razón, la gente no lleva a los caminantes a esas horas. Por suerte, a la ciudad entramos en auto, gracias a un tipo que nos levantó en una Toyota Hilux. Nos dejó en la puerta del edificio; eso me resultó un poco incómodo, mi trato con Torres había terminado y ya no quería ocuparme de él. Es increíble la indiferencia que uno puede llegar a sentir por los demás cuando lo propio está en juego. Sin embargo, le expresé mi eterno agradecimiento por haberme acompañado, le conté que tengo varios amigos en Santa Fe por si algún día necesitaba algo y le di un fuerte abrazo. Él me contestó que no era nada y repitió el mismo discurso que había pronunciado el día que nos conocimos. Me dio lástima. Recordé con dolor su cara mientras dormía afuera de la terminal, el cansancio de su cuerpo mientras caminábamos por la ruta en plena noche, las palabras de confianza, amor y amistad que me regaló durante esos días. Yo, en cambio, le había dicho poco y nada; nunca mencioné lo de mi futuro hijo, por ejemplo, el motivo real por el cual tenía que irme lo más pronto posible. Lo invité a quedarse un rato en mi casa. Aceptó sin amagues. Le di ropa limpia y entró a bañarse. Demoró tanto que me quedé dormido.

Desperté al otro día, por la mañana. Torres dormía en el sillón. En la mesa ratona, que estaba al lado de él, había un White Horse que, una vez, cierto amigo me regaló y nunca probé, destapado, con un vaso a medio servir junto a la botella. No había bebido casi nada. Acomodé mis pensamientos lo más rápido que pude, tomé unos mates y luego me di una ducha. Cuando salí del baño, Torres seguía durmiendo. Puse la plata de la cajita de ahorros en la billetera, guardé la poca ropa que tenía en el bolso, dejando algunos abrigos que ya no me interesaban colgados en el perchero y, una vez que tuve todo listo, me quedé mirando por la ventanita de la cocina, hacia los techos, vacilante. Llovía a cántaros. Pensé en Torres, en la vieja que me alquilaba el departamento, en mi novia embarazada de dos meses. Volví a sentirme

solo. La calle debe estar húmeda y fría, pensé. Agarré el bolso, abrí la puerta del departamento, dejé las llaves sobre la mesa ratona, sin hacer ruido, al lado del whisky, luego bajé al hall del edificio y esperé a que algún vecino entrara o saliera para poder, al fin, dirigirme hacia la terminal.

El piano de Sara

“El hoy parece lejos del ayer

y cercano al largo olvido,

el mundo prehistórico y el tiempo fabuloso

están ahí como un jardín abierto”

Hesse, *Aguzando los oídos*.

Me tiemblan las manos. Dejo el libro sobre la mesita de luz, salgo de la cama y voy hasta la verdulería para comprar las bananas que me recomendó el doctor Núñez. No comí nada en toda la mañana y me costó levantarme por culpa del dolor de huesos. Ahora es mediodía. Sara, mi nieta, que vive conmigo desde que se mudó a Rosario para estudiar arquitectura, trae el té. Me ayuda en las tareas de la casa y en mi convalecencia crónica. Son pocas las cosas que sigo haciendo por mi cuenta:

ir a la verdulería, conversar con la dueña, pasear por el parque, comer una banana sentada en un banquito y volver, luego de media hora, a casa. El doctor dice que necesito estar al sol, al menos un rato, todos los días. Me gustaría quedarme un ratito más en la cama -la miro casi con erotismo mientras me pongo el camisón- y avanzar con la novela de Agatha Christie que compré hace unos días, pero ya son las doce y no puedo postergar la dieta. Tengo que almorzar a la una, después de mi paseo diario. Esta vez, decido tomar un camino distinto. Hago una cuadra y media y paso por un lugar que nunca había visto antes. Es una construcción antigua y vidriada. Se puede ver para adentro. Arriba de la puerta de entrada hay un cartel que dice “Los días tranquilos”, me quedo mirando y veo una mesa redonda con sillas de metal alrededor, un piano de cola negro, una humilde biblioteca, un juego de living frente a un televisor. El sol me pega en la nuca y eso molesta un poco, pero sigo mirando. De pronto, aparece un hombre muy viejo, que tiene una protuberancia en la frente, sujetado a un andador, y detrás de él una chica joven, que viste un ambo celeste, tiene un vaso con agua y una pastilla en la mano. Enseguida, comprendo que se trata de un geriátrico. Me siento intimidada por la presencia de esas dos personas, avergonzada porque estoy parada observando como si fuera una vieja chusma. Decido marcharme, llego hasta la verdulería, charlo un rato con la dueña y después, completo mi paseo por el parque. Como una banana sentada en un banquito -no en el de siempre, porque estaba ocupado-, con el sol pegándome en la cara. Miro el reloj: 13:30. Vuelvo a casa.

Me tiembla todo el cuerpo. Tengo frío. No sé qué hora es. No me alcanzan las fuerzas para apoyarme sobre el codo y mirar el despertador. Cierro los ojos, extendiendo la mano, y toco la campanita que tengo al lado de la cama para llamar a mi nieta. El novio de Sara, que es medio pavo pero buen mozo, se la robó de un hotel y me la trajo de regalo. Ella viene, después de varios timbrazos, tiene cara de dormida, comprendo que todavía es de noche. Tengo fiebre, le digo, y me duelen los huesos. Inmutable -parecía enojada, la pobre-, dio media vuelta y se fue. Al rato volvió con una taza de té con jengibre, miel y limón, y un termómetro. Sí, abuela, afirma, después de tomarme la temperatura, tiene fiebre. Y ahora qué hacemos, le pregunto. Voy a llamar al médico, me contesta. Al doctor Núñez llámalo, él es bueno, aparte ya me conoce, le respondo. Sí, ya sé abuela, ya sé, lo voy a llamar a él, dice, y suspira.

Me transpira el cuello, las piernas y la frente. Saco todas las frazadas y me da frío. Comprendo que sigo teniendo fiebre. Recuerdo, vagamente, al doctor Núñez, su

barba espesa y sus ojos azules cristalinos. Parado al lado mío, tocándome la frente, le dice a Sara que tengo que tomar antibióticos y analgésicos, y que cada tanto me tiene que poner paños fríos sobre la frente y el pecho. Mi nieta refunfuña, dice que apenas tengo dinero, y Núñez la tranquiliza diciéndole que él ya se encargó de los medicamentos, que la señora es una vieja paciente suya y van de regalo. En el marco de la puerta está apoyado Jacobo, el novio de Sara, con su habitual cara de pavo.

Me tiemblan las manos. Arriba de la mesita de luz hay un té con jengibre, miel y limón. Lo agarro y bebo despacio. Después, tomo el libro y me pongo a leer, ya con las manos quietas. Cuando se me cansa la vista, lo dejo junto a la taza vacía. Se escucha, cercana e intermitente, la melodía de un piano. Cierro los ojos y disfruto de la música. Miro el reloj y veo que son las 12:30. Ya es hora de mi paseo diario. Sara, empiezo a gritar, Sara, vení. Toco la campanita, pero en lugar de mi nieta entra el doctor Núñez. Pensé que se había ido, doctor, le digo. Está vestido con un guardapolvo blanco, que le llega casi hasta los tobillos, y tiene una jeringa en la mano. No me contesta nada. Enseguida aparece por la puerta Jaboco, sosteniendo una bandeja de metal con galletitas de agua, queso cremoso port salut y banana pisada. Al lado de él viene mi nieta, vestida con un ambo celeste. En los pies lleva unas chancletas de goma, y en la mano derecha un vaso con agua y una pastilla. Sarita, le digo, ¿te compraste un piano?

Recaer en el zenit

*“¿Por qué lamentarse de la suerte
cuando está en nuestras manos el mejorarla?”*

Marqués de Sade, *Justine*.

“La verdad es que no soy nada sin mi diablo”

Adrián Dárgelos.

Observo esas esferas verdes y acristaladas engañando a mi entorno, mientras me olvido de todo, incluso de mí mismo, de dónde vengo y a dónde voy, bajo un poco la mirada y las violáceas ojeras son el objeto, ahora, de mi cara de bobo. El sol entra por la ventana de abeto rojo y nuestras cabezas se menean despacito. La puta

madre, pienso, no me quiero ir nunca más de acá. Solo nos resta pasar el día y la noche siguientes, para luego volver a la ciudad. Le agarré cariño a esta casa, le dije a Luciana, mirándole las ojeras. Y claro, si dormiste como un cerdo desde que llegamos, me contestó. Se sentó en la cama, apoyando la espalda contra la cabecera, y encendió un cigarrillo. Habíamos salido de la ciudad para desintoxicarnos un poco, por decirlo de alguna manera, y lo que había pasado con Blas nos sirvió como excusa para marcharnos. La miro a Luciana otra vez, pienso -quizás sea la primera vez que lo pienso con total sinceridad- en ella y en todo lo que pasó desde que nos conocimos, mientras me detengo en ese gesto.

Antes de que empezáramos a salir, yo solía frecuentar la casa del viejo Schnitzler, un prostíbulo que queda en la esquina de Hipólito Yrigoyen y Salta. Me la pasaba bebiendo ahí metido, rodeado de mujeres que me chupaban la sangre. Todas me conocían. Siempre creí que se acercaban a mí por la plata. Sabían que después de tomarme dos botellas de vino elegiría a alguna de ellas, a la mejor de ellas. Se comportaban lo mejor que podían, debo reconocerlo, aquellas miserables. Los prostíbulos se lucen por su facilidad. Pero había llegado un momento en el que eso me había hastiado un poco, seguí asistiendo solo por costumbre -y ya no por la necesidad de tener sexo-, al fin y al cabo era el mejor lugar que conocía, y daba vueltas como un perro alzado antes de acostarme con alguien. Paseaba por toda la casa del viejo Schnitzler charlando y consumiendo cocaína con alguna mujer y luego, nos íbamos a la cama. Después de coger salía a vagar por las calles en mi Ford Taunus V8, generalmente a la mañana, cuando recién sale el sol y la gente duerme. Algunos preguntarán por qué, teniendo tanta plata, no acudía a otro lugar mejor para divertirme. A ellos les responderé que no lo hacía porque ese era el mejor antro de la ciudad; vino barato, drogas y mujeres. El pueblo era demasiado chico como para buscar todo eso en otra parte. Y yo, no tenía ganas de esforzarme, solo quería ir y hacer en un mismo lugar todo lo que mi instinto de libertad, de animal, me encargaba. Era una forma de sueño, un estado semiconsciente donde al otro día la resaca actuaba como una especie de karma sobre mí y el arrepentimiento era un sentimiento feroz que me hacía doler el pecho de angustia. Pero la noche llegaba, siempre llegaba, y me transformaba en ese animal devorador nuevamente y no había mandato alguno que pudiera frenarme.

Una vez, estaba dando vueltas por el patio interno del prostíbulo con una mujer de pelo negro, agarrada de mi brazo, que no terminaba de engatusarme. Íbamos bebiendo whisky, mientras yo, más duro que milanesa de caballo, intentaba con-

vencerme de que me gustaban sus piernas, cuando en realidad no me provocaban en absoluto. Tener sexo con frecuencia genera eso: una especie de adicción en la que si no tenés ganas de hacerlo, lo hacés igual. Ese día, casi todas las piezas estaban ocupadas y, por ende, las mujeres también. Así que estar ahí en el patio era una manera de hacer tiempo.

Estábamos acodados en la barra cuando de pronto apareció una chica rubia, no muy mayor. Siempre estuve obsesionado por las rubias. Veo una por la calle y no puedo evitar excitarme, me dan ganas de secuestrarla y llevarla a mi casa enseguida. ¡Ah, corromper, corromper! Me impresioné cuando la vi acercarse hacia donde estábamos y, más aún, cuando me preguntó si tenía una copa de más. Claro que sí, linda, respondí. Le hice una seña al viejo Schnitzler y me alcanzó una copa y otra botella. Le serví solo a la recién llegada, hecho que molestó a la morocha e hizo que se largara de una vez, la tenía montada en un huevo, yo estaba completamente borracho. La rubia, en cambio, por sus gestos, parecía hiperactiva. Le guiñé con sutileza un ojo y, sin decir palabra, me indicó con un movimiento de cabeza que vayamos a una pieza. Así de fácil era siempre. Enseguida pasé la mano por arriba de la barra y tomé una de las llaves, sin pedirle permiso al dueño de casa, que ya estaba en otra cosa, y me llevé a la mujer más prometedora directo al infierno, mi infierno. La noche recién comenzaba. Nos desnudamos casi al mismo tiempo de manera desenfrenada. Estrellamos las copas contra una de las paredes descascaradas, gesto brutal y grotesco que aprendí de Bukowski. Arranqué las sábanas de la cama y dejé el colchón pelado. Siempre hacía lo mismo, porque así me parecía más limpio. Comenzamos a jugar mientras tomábamos del pico de la botella. Enseguida, entendí que la pasaría mejor que con cualquier otra prostituta. Además, a esa rubia no la había visto nunca andando por ahí, seguro era nueva. Le metí dos dedos en el culo y me impresioné al notar que estaba bien cerradito, como el de un muñeco. No era prostituta, estaba seguro. Gracias Schnitzler, pensaba, regocijado. La obra de teatro comenzó y en pleno acto le pregunté al oído cómo era su nombre. Luciana, me contestó.

II

Con sus rayos, la energía revitalizante del sol atraviesa, leve, la habitación del prostíbulo a través de los vidrios de una ventanita circular, y se posa sobre los párpados de Eduardo y Luciana. Él despierta primero y empieza a recordar todo lo que había pasado la noche anterior. Le duele un poco el pecho como cada vez que tiene que enfrentar un día nuevo. Con los brazos cruzados detrás de la cabeza, que le pesa más que el resto del cuerpo, mira a su alrededor sin pensar en nada. Respira profundamente, con esfuerzo, en busca de un sentido que no puede encontrar. La rubia que está al lado de él empieza a desperezarse como un gato y abre los ojos, resplandecientes como piedras ágatas, míticos, extraños. Durante la noche, fue imposible desenterrar la luminosidad de esas lámparas, pero ahora, ahora que veía con claridad Eduardo, ya empezaba a resbalar en la trampa. Las ojeras le colgaban pero lucía bien dentro del caos que parecía ser. Así como lo vio, se levantó y comenzó a buscar la ropa por toda la pieza para vestirse. Él, la observaba ir y venir, se paró, desnudo como estaba, y la tomó del brazo, la miró directo a los ojos, con rabia, y le dijo:

—Vos no trabajas acá.

—Sí, trabajo acá. Anoche me elegiste vos —contestó.

—¿Y por qué, entonces, nunca en mi puta vida te había visto? —dijo Eduardo, enojado, apretándole fuerte el brazo.

—Soy nueva —le dijo la rubia y le regaló una sonrisa irónica mientras abría la puerta, ya desligada del apretón del otro.

—Ahh... ¿Sí? ¿Entonces por qué no me cobras? —la tomó por los brazos y la tiró en la cama. Cerró la puerta y se abalanzó sobre ella.

Empezó a sacarle la ropa, con furia, le rompió la remera y se la arrancó. Le gritaba que le encantaba, que estaba loco por ella, y Luciana suspiraba, gemía y se retorció debajo de él, mientras cogían con furia y sin amor, con furor y locura, sin una pizca de encanto, por puro goce. Terminaron, exhaustos, sobre la cama. Eduardo le preguntó:

—¿Qué hacías por acá anoche?

—Mirá, no tengo tiempo para explicarte nada a vos. Si querés seguir hablando, me vas a tener que ayudar —se había puesto seria.

—Bueno dale, sí, te ayudo, pero no me hagas demorar. ¿Qué necesitás?

—No, no, vení, seguime. Prestáme tu remera y vos, ponete la camisa.

Se vistieron y salieron de la pieza. Eduardo fue hasta el cuarto del viejo y comprobó que estaba dormido, alrededor de unas cuantas botellas de cerveza. Guiado por la rubia, se encaminó a la pieza más recóndita de la casa. La que solo los privilegiados, como él, conocen. La que Schnitzler denomina como la vip y que estaba ocupada cuando Eduardo rondaba, la noche anterior, por el patio interno. Luciana sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. No había nadie, y la habitación estaba limpia y ordenada. Lo condujo hasta la cama y, agachándose, levantó las frazadas, que tocaban el suelo. Empezó a sacar algo con lentitud. De a poco, se fue descubriendo que era un cadáver con un puñal clavado a la altura del pulmón izquierdo. Él la dejó hacer, sabía que ese momento le correspondía a ella y que su ayuda tendría que venir después. Era un hombre de traje azul oscuro, corbata rojinegra y zapatos marrones. De forma natural, sin haberse inmutado ni un poquito, se sentaron en el borde de la cama y ella empezó a hablar:

—Juan Carlos Galarza, un pecesito que nada bajo el control de gordos tiburones, un abogadito de morondanga. Mi amante, o mi patrón, el padre de dos niños muy inocentes y el esposo de una vieja religiosa y aburrida. Siempre me traía acá para coger. Mirá, loco, yo no soy una prostituta como las que andan por ahí. No me quemo, me resguardo en lugares que me caben y, por si todavía no te quedó claro, me gusta más coger que cualquier otra cosa. Cobro caro a los que me eligen. Y si yo elijo, no cobro —le dijo y guiñó un ojo—. Ahora, ayudame a sacar este cuerpo de acá.

—Te ayudo todo lo que quieras, no tengo nada más interesante que hacer, pero quiero saber por qué lo mataste. No estoy en contra de este tipo de cosas y menos si se trata de un caretta como este, que encima, te complicaba la vida —contestó Eduardo, un poco confundido pero con ganas de contribuir a la causa.

—Lo maté, porque el muy hijo de puta pensaba que me iba a poder apresar como a

una nenita. Quería llevarme a vivir con él a Mendoza para escaparse de su familia. Decía que allá conseguiría un trabajo como abogado y que tenía dinero suficiente como para disfrutar de tres meses sin hacer nada. Solo estar conmigo y darme todos los gustos. Desde la primera vez que me lo planteó le dije que ni en pedo, que si yo estaba con él era porque me pagaba buena guita. ¿Te imaginás hacer una vida matrimonial? No hay chance. Y bueno, insistió tanto que... no iba a permitir que un pelotudo así me secuestrara ¿entendés? Porque la cosa se había puesto muy tensa y cuando me puso las manos encima tuve que reaccionar de la mejor manera posible –explicaba Luciana, mientras encendía un cigarrillo sentada en el borde de la cama, con un pie apoyado sobre el pecho del cadáver de Juan Carlos Galarza.

–Para mí, hiciste bien. Las almas libres como las nuestras requieren de espacio – reflexionó Eduardo, que todavía le seguía doliendo el pecho, con solemnidad-. No mucho, con un poco alcanza. Porque a lo que nos aferramos es mínimo. Explotado, pero mínimo. En cambio, los caretas tienen esa facilidad de ocuparlo todo sin abarcar nada. Una casa inmensa, varios autos, pileta, pilas y pilas de ropa, dos livings, un garaje repleto de objetos que solo acumulan mugre, cuatro baños, ¡imaginate la cantidad de papel higiénico que compran! Bueno, vos me entendés. Nosotros nos conformamos con un cuartito de cuatro por cuatro, algunos discos y unas cuantas botellas. Entonces, lo que quiero decir es que esas lacras que manejan el mundo de alguna manera tienen que ir exterminándose. Porque para mal de males manejan el mundo, y eso no lo niega nadie. Así que, te felicito por ir facilitando un poco el trámite. Uno menos. Imaginate que así como vos mataste a este pelotudo, lo puedan hacer otros tantos hombres y mujeres. Que los que vengan a acostarse acá y saquen su gorda billetera, terminen asesinados y enterrados en el patio del viejo Schnitzler. Que nosotros, los viciosos, los hijos de puta, nos podamos revelar contra toda esa yunta de bueyes para destronarlos y pasar a ser los comandantes del mundo. Y que el patio de nuestra casa sean las calles y que la gente se sienta libre de hacer lo que quiera. Que el sexo y la droga dejen de ser un tabú para volverse el pan de cada día y la razón de goce de todos. ¿Te das cuenta, no? Decime que también te parece hermoso. Esa es la revolución. ¿Entendiste? –la miró y empezaron a reírse los dos.

–No había pensado la justificación del asesinato de esa manera sino, más bien como un impulso de ira incontrolable o como defensa propia ante un intento de secuestro. Pero me convenciste, che, a pesar de la cara de boludo que tenés. Ahora hay que seguir haciendo la revolución, empezando por lanzar a este tipo al río. Así que dale, soñador, vamos –le dijo, palmeándole la espalda.

III

“Puse los dulces en la mesa

y se acercan cabezas que se los devoran”

Ysy-A.

Empezar a salir juntos fue algo natural, no hubo nada pactado, un común acuerdo en el que bastaron nuestras acciones para que día a día nos veamos y gocemos de los gustos compartidos. Dejé de ir a los prostíbulos y, desarrollando mi teoría sobre el sexo, le dije que necesitaría de ella todos los días y si me cansaba de su cuerpo le pediría que invitara a alguien más para estimular el deseo. Que dejase de frecuentar la casa del viejo Schnitzler no significaba que los vicios hubieran disminuido. Al contrario, ascendí al zenit de la mano de Luciana, un lobo envuelto en piel de cordero. Sin embargo, había algo que, durante todo ese tiempo, punzaba dentro de mi pecho. Me sentía un poco molesto pero no sabía por qué. Había mañanas, en las que ese ritmo de vida que llevaba se me venía encima, aplastándome, dejándome sin aire. Sentía que tarde o temprano sufriría las consecuencias de vivir cada día como un rey dionisiaco. Y, mientras padecía las resacas bastaba escuchar un disco de jazz para sentirme invencible de nuevo. Entonces, despertaba a Luciana con un cigarrillo prendido, una botella de whisky por la mitad dejada la noche anterior y ganas de coger hasta que volviera el furor que poseía a mi alma. Así sucedía siempre, cada vez que tocaba fondo salía a flote más eufórico que nunca, disparado al aire con la potencia de un cañón, un hombre-cañón encaminado al cielo, abarcando todo, haciendo la revolución, palpando las nubes. Pero, todo lo que sube tiene que bajar. Ahí estaba mi temor, en el hecho de que el hombre-cañón cayera después de haber llegado a lo más alto del cielo. Y la caída, claro está, es la cara inversa de la subida. Lo mínimo, terminar con la cara deforme. Para colmo, el remedio estaba nada más y nada menos que en la enfermedad. La única manera de salir de semejante aprieto era zambulléndome en las profundas aguas del vicio hasta el ahogo. Y si no era esa la manera ¿qué podría hacer? ¿Escapar? No, porque de esas cosas no se escapa. Forman parte de la naturaleza de uno y hay que aceptarlas. Caer hasta el fondo, quizás, pero siendo uno mismo, manteniendo la esencia.

A pesar de todo, después de un tiempo me contradije. Fui demasiado cobarde, o demasiado hipócrita. Me venció el miedo a perderlo todo, a ser uno más de los que terminan locos o presos. Era de noche, como siempre, cuando suceden este tipo de cosas, y hacía días que nos hospedábamos en mi casa sin salir a la calle más que para comprar alcohol o cigarrillos, sonaba Hit the road Jack and don't you come back / no more, no more, no more, no more y estábamos bailando con Luciana, dos amigas suyas, y Blas, un viejo amigo mío. En medio de lo que era el living, que ahora está vacío, el piso de parquet resonaba con cada paso al son del jazz. Fumábamos, bebíamos y tomábamos cocaína en exceso. Lo único que había en la sala era el tocadiscos, una cama de dos plazas y una mesita ratona de mármol. Ahí, estaban nuestros otros amigos, reposando, y nosotros nos asomábamos a gatas, los saludábamos con la nariz o con la boca y volvíamos a bailar. El zenit era el living. Y el mundo no existía porque la luz no nos amparaba, solo la oscuridad, el encierro y el goce nos hacían felices. Nada de comida, nada de claridad, nada de agua. Cuando nos daban ganas, íbamos a la cama y teníamos sexo. Todos con todos. El que quería se sumaba. Y aquel que prefería no experimentar ese estado, es decir, vivir en el cielo del amor y la felicidad, no tenía el derecho de estar entre nosotros. Las reuniones en el living eran una suerte de ritual que empezaba a gestarse de a poco. Ya empezaba a salir el sol cuando estábamos cogiendo con Luciana, en nuestra pieza, y ya habían pasado seis meses desde la primera vez que nos habíamos visto en el prostíbulo del viejo Schnitzler. Nos encantábamos. El pacto común que nos unía era difícil de desatar, nos gustaba compartir el sexo con otras personas pero siempre terminábamos en la misma cama los dos solos. Mientras tanto en el living sonaba Oh, come back, baby / Oh, mama please don't go, yeah. Blas se había quedado ahí, haciendo un trío con las otras dos mujeres.

La luminosidad del día entraba por la claraboya y yo miraba hacia afuera, se veían las copas de los árboles de la placita de al lado, se veía la luz y la oscuridad confluyendo y pensaba en mí y en Luciana, de pronto mi vista resbaló y la vi abajo mío, con los ojos entreabiertos y sonriendo, con sus piedras ágatas verdes brillando más que nunca. Pensaba, que quizás estaríamos mejor en otra parte, rodeados de naturaleza, tomando mates, desayunando otra cosa que no sea cocaína con whisky, tal vez con un niño durmiendo entre nosotros, no sé, cosas que hacen los caretas. Las paredes estaban descascaradas, la casa se caía a pedazos y la plata empezaba a acabarse, en la mesita de luz un cigarrillo se había consumido por completo, la música no dejaba de sonar en ningún momento y la ropa sucia se acumulaba por todos lados. Dejé de enneguecerme con esos pensamientos y miré otra vez a Luciana. Se

había dormido. Saqué la pija de adentro suyo y me puse un short. No tenía sueño. Salí al living para beber un trago de whisky y me encontré con que Blas, ya estaba dormido en el medio de la cama, desnudo, con una mujer en cada lado apoyada sobre su pecho. Me dio gracia y pensé en que si tuviese una cámara le tomaría una foto y la titularía el rey vago. Siempre quise mucho a ese tipo, hasta diría que fue mi único amigo en tantos años. Me acerqué al tocadiscos y bajé el volumen. Luego, me quedé a terminar el vaso mientras disfrutaba de contemplar la armonía del ambiente. De pronto, Blas, dormido como estaba, se agita. Hace gestos como para vomitar pero se atora y tose. Se repite esta acción una y otra vez, como un auto que no arranca. La lengua se asoma entre los labios y vuelve a retorcerse, de cuerpo entero, como una lombriz. Tose de nuevo, hace el ademán típico de cuando está por vomitar, se atora otra vez y un chillido agudo y terrorífico sale desde el fondo de su pecho. Mientras tanto, yo estaba paralizado, sin hacer nada. Me acerqué de prisa hacia él y corrí a las dos mujeres. Le palpé la yugular, el pecho y la muñeca. No tenía pulso. Apoyé las dos manos sobre su pecho e intenté hacerle RCP; había visto muchas películas de médicos y creí que eso serviría pero fue en vano. Lancé un grito y de mis ojos fluían lágrimas a raudales. Era mi único amigo y lo dejé morir. Empecé a correr hacia afuera de la casa, dispuesto a dejarlo todo. Tomé las llaves del Taunus, me subí y apreté el acelerador a todo lo que da. La muerte forma parte de la vida, pensé.

IV

Sabía que la abstinencia era peligrosa. Había conocido casos en los que aquellos que la padecían tenían ataques de euforia más graves y fuertes que los que les surgían cuando se drogaban. Casi sin darme cuenta estaba saliendo de la ciudad. Mi cabeza giraba como un tornado, arrasándolo todo, poseída por el furor inclemente de la resaca y de la muerte que acababa de vislumbrar. No paraba de pensar, el pecho me ardía, de sacar conclusiones y de atar cabos para ver qué mierda iba a hacer. Luciana no intervenía en mis pensamientos, la evitaba. Sabía que ella era mi otro demonio, la que secundaba al mío propio ayudándolo con sus maldades.

El mío siempre estaba primero, lo tenía en la naturaleza de mi alma correteando a cada instante, rompiéndolo todo a su paso. Tenía que deshacerme de ella. Una vez hecho eso, me libraría también de los vicios, de la mala vida, que ya comenzaban a hartarme. Era lo único que me faltaba, ver a alguien que quería tanto morirse delante de mí por culpa de la droga. Viajé durante muchos kilómetros, con la intención de llegar hasta Alta Gracia. Tenía que descansar, me sentía abatido, no podía seguir así. Llegué a una posada alejada del centro de la ciudad y supuse que era el lugar ideal para hospedarme. Pedí una habitación y le dije al recepcionista que no sabría hasta cuándo me quedaría. Me pasé los dos primeros días paseando por la zona, respirando hondo, de buena manera, aire fresco, concentrándome en ese acto para evitar el dolor en el pecho, y comprando sahumeros, miel y té de tilo. Necesitaba relajarme. Logré hacerlo durante cincuenta y dos horas. Nunca había sentido tanto el paso del tiempo. Maldita sea, pensé, qué lindo es perder la percepción de las horas y del espacio. Al tercer día, sentía que iba a explotar. Ya está, dije, me tengo que ir al centro de la ciudad y conseguir cocaína como sea. Me subí al auto. Empecé a mirar por todos lados pero las cosas se me ponían al revés, a un trapito que se acercó le pregunté dónde podía conseguir lo que quería y la cara se le deformaba, le crecían bigotes, patillas, se volvía rubio, colorado, morocho. Me di cuenta de que estaba alucinando, con las mandíbulas apretadas, y no pude abrir la boca. Respiré con calma, profundo, tomé bastante agua. Me tranquilicé y comprendí que no podía volver hacia atrás mis pasos. Que todo lo que había hecho hasta ese momento era lo que me correspondía, que debería seguir corriendo el riesgo de ver gente morir, sufrir y agonizar por la mala vida. Pero, al fin y al cabo, cada uno siembra su propio destino y su propia muerte. La vida sana hay que dejársela a los caretas. ¡Qué estúpido que soy! Empecé a gritar, como loco, mientras golpeaba el volante con las manos cerradas, ¡qué estúpido, qué estúpido! Puse el Taunus en marcha y emprendí el camino de vuelta. Volvería a la ciudad, a buscar los frutos que yo mismo había plantado hace mucho tiempo, volvería en busca de Luciana, en busca de mí mismo.

Llegué lo más rápido que pude a mi casa, el viaje fue parecido al de la ida, con la cabeza humeando y las ideas chocándose entre sí, en medio de un caos de preocupación y éxtasis. Abrí la puerta y entré corriendo, directo al living. Ya era de noche y sentí la vida comenzar otra vez. Me paré en seco antes de ingresar al zenit. En el tocadiscos sonaba algo y también se escuchaba una voz de hombre, junto con otra, inconfundible, la de Luciana. La puerta estaba arrimada. La empujé despacio y entré sin hacer ruido. Ahí adentro sucedía lo que me había imaginado. El tipo, que no sé quién carajo era, estaba cogiendo con Luciana. No me molestaba compartirla,

sabía que era su naturaleza, pero entre la confusión de la abstinencia y las ganas que tenía de decirle lo que había estado planeando, de lamentarme por haber huido sin previo aviso, en lo último que pensaba era en compadecerme del momento que ese hijo de puta y Luciana estaban disfrutando. Así que me volví, arrimé la puerta de nuevo, entré a la pieza y saqué de debajo del colchón el 38. Me acordé de algo que tenía guardado en la mesita de luz, en un cajón falso, entonces metí la mano en el escondite y saqué una bolsa de cocaína. Consumí un par de líneas, entré al living y le metí un tiro en el medio de la cabeza al hijo de re mil puta que entraba a mi casa y se cogía a mi novia, mientras yo, Eduardo, el dueño del living, el rey del zenit, me tomaba unas vacaciones. El cuerpo cayó encima de Luciana y la empapó de sangre y vísceras. Lo corrí de encima y me la llevé en brazos hasta la bañera. Nos metimos juntos y empezamos a besarnos, le limpie sus partes íntimas e hicimos el amor. Sin decir palabra: así era nuestra relación. No necesitábamos explicar nada, todo estaba en los gestos, en las caricias, en las miradas. Después de salir del baño, le dije que se vistiera y me ayudara a enterrar el cadáver en el patio. Una vez resuelto el asunto, aprontamos algunas mudas de ropa, y nos subimos al auto. Estuvo de acuerdo con mi propuesta de viajar para despejarnos la consciencia, tener un tiempo de intimidad, cambiar de paisaje y volver renovados. Habían sido días difíciles y era necesario refrescar el panorama, olvidarnos de la muerte de Blas.

Observo esas esferas verdes y acristaladas engañando a mi entorno, mientras me olvido de todo, incluso de mí mismo, de dónde vengo y a dónde voy, bajo un poco la mirada y las violáceas ojeras son el objeto, ahora, de mi cara de bobo. El sol entra por la ventana de abeto rojo y nuestras cabezas se menean despacio.

—Che, Luciana, ¿y si volvemos? —le digo, mientras le corro el pelo de la cara y la beso con calma, apretando apenas su labio inferior contra los míos.

—Sí, por favor, volvamos. Pero vení, no te apures tanto, sos tan lindo, todavía tenemos tiempo. Mucho tiempo —dijo mientras me miraba, un poco desde abajo, con su cabeza apoyada sobre mi pecho.

Los buenos modales

“Cuando el gato anda por los tejados,

los ratones bailan en el suelo”

Balzac, Eugénie Grandet.

La Carina se la pasa todo el día tomando mate dulce frente a la pantalla de la computadora. Ahora, anda metida en el asunto ese del Facebook. La verdad es que yo no la entiendo. Parece una nena chiquita. Le agarró la manía de la computadora, que es algo que usan los chicos. Nosotros la compramos para ellos, para que se diviertan. El otro día llegué de trabajar a la noche, como siempre, y me contó que la Magui y el Fer, nuestros hijos, le enseñaron a usar Facebook. Después de eso, cada vez que llego me la encuentro en la misma posición: tomando mate dulce y mirando la pantalla. Yo me le siento al lado nomás, de lo cansado que vuelvo no me saco ni la gorra del trabajo. Espero ahí, media hora, una hora, mientras comemos galletitas o pan con mermelada que sobró de la tarde. Llego de trabajar con ganas de comer

fideos caseros o bifés de ternera. Pero ella, desde que está con eso del Facebook, ya no me espera con la comida hecha. Entonces, yo tengo que insistirle para que deje la computadora y se ponga a cocinar.

Ya estoy harto. El otro día me quedé haciendo horas extra en la quinta, juntando arándanos, y cuando llegué a casa la Carina estaba frente a la pantalla tomando mate dulce y jugando al Facebook. Los chicos estaban afuera, en lo de Alan, el vecino, jugando con sus hijos. Ya le había dejado dicho, antes de irme, bien temprano por la mañana, que volvería mucho más tarde de lo normal y que por favor, comprara la comida para la cena, porque a la vuelta iba a estar todo cerrado. No compró nada. Y como no había otra cosa para masticar en toda la casa, tuve que comer pan con queso cremoso. Los chicos, por suerte, comieron en la casa del vecino.

Me siento al lado de ella y le cebo mates. Se ríe, pone música fuerte, me muestra los jueguitos del Facebook y yo le digo que no entiendo. Entra a lo que le llama el perfil de alguna persona y me muestra las fotos. El otro día entró al perfil de mi hermano Carlos y había fotos de toda la familia, incluso una en la que aparecía yo. Me sorprendí porque nadie me había avisado nada. Entonces, me contó que eso pasa cuando no tenés Facebook. Yo le dije que cómo iba a hacer para tener Facebook si no sé leer ni escribir. Ella contestó que así nunca iba a poder tener. Me dolió un poco porque sé que a esta edad me costaría mucho aprender. También me mostró el perfil de mi sobrino, el de Fer y Magui, y comprobé que todo el mundo tiene. Todo el mundo, menos yo.

En la quinta no va a haber trabajo por cinco días. Recién el sábado tengo que ir. Por un lado, está bueno porque me quedo en casa descansando, pero por el otro no voy a contar con la plata diaria que recibo por cosecha. Por suerte, Pablo, el que tiene un almacén acá a la vuelta, me deja que le saque fiado hasta que me vuelvan a pagar. Empecé a ir a la escuela nocturna para aprender a leer y escribir. Soy el más grande del curso. Aproveché los días libres para anotarme, pero no sé cómo voy a hacer cuando tenga que volver a trabajar en la quinta. La Carina me lo festejó mucho, tanto que ese mismo día hizo bolas de fraile a la tarde y, a la noche, fideos caseros. Me gusta ir a la escuela, salir un poco de casa. Los chicos se la pasan jugando con los vecinos, cuando salen de clase, y la Carina no deja la computadora en ningún momento del día. Excepto, cuando llega alguna de sus hermanas con el librito nuevo de Avon y se ponen a hablar de los productos que venden. Me dijo que a ella le gustaría empezar a vender también, pero después de eso nunca más se puso las

pilas. Si lo pienso bien, creo que eso fue justo en la misma época en que empezaba a hacer furor con la computadora. Me acuerdo porque me mostraba que podía escribir más rápido en el teclado que antes, usando las dos manos. Ahora, que lo veo más de cerca, además de aprender a leer y escribir, para jugar al Facebook también voy a tener que agarrarle la mano a la computadora.

Parece más fácil de lo que pensaba. El otro día llegué de la escuela a las diez de la noche y me senté al lado de la Carina. Tomamos mate dulce frente a la pantalla de la computadora mientras ella jugaba al Facebook. Yo creía que todavía no era capaz de leer. Pero ese día comprendí que sí, que algo entendía. En la parte de abajo de la pantalla había un rectángulo, a la derecha, que se ponía azul al mismo tiempo que la computadora emitía un sonido. Cada vez que eso pasaba, la Carina lo abría. Y ahí hacía furor con el teclado. Escriba que te escriba. Así estábamos, cuando me di cuenta de que ya sabía leer. Enfoqué mi atención en el rectángulo, mientras escuchaba que ella se reía o hablaba para sí misma. Alan Rojas, decía el rectángulo. Me costó un poco pero finalmente descubrí que decía eso, que no estaba equivocado. El vecino, dije en voz alta sin darme cuenta. ¿Qué pasa con el vecino? No tiene drama en que los chicos se queden a comer ahí, van a hacer pizzas, me contestó. No, no pasa nada, pero el nombre del vecino está ahí en la pantalla, le dije. Sí, es porque estoy chateando con él ¿cómo sabés que dice eso si vos no sabés leer? Me acabo de dar cuenta, recién ahora, de que sé leer, te dije que lo estoy aprendiendo en la escuela.

Caminé hasta la primera calle de ripio, donde termina el asfalto, para tomarme el colectivo del turno tarde e ir a trabajar. Todavía faltaban diez minutos para que llegara. Fumamos algunos cigarrillos con mis compañeros, apostados bajo la sombra de unos árboles. Hacía un calor insoportable. Los chicos iban a pasar el día en la pileta del club y la Carina ni idea, pero seguro que encerrada frente a la pantalla de la computadora tomando mate dulce. Alguien destapó una Manaos de naranja que nos refrescó bastante mientras seguíamos esperando. Pasaron cuarenta minutos y el colectivo todavía no llegaba. Al rato, a uno de los muchachos lo llamaron por celular y le avisaron que se había roto y que el turno de hoy pasaría para mañana. Nos despedimos y cada uno se fue por su lado, hacía mucho calor para cosechar arándanos, y también, quizás, para arreglar colectivos.

Me sorprendió no haber encontrado a la Carina en su posición habitual. No estaba frente a la pantalla, ni tomando mate dulce siquiera. Dejé la gorra del trabajo arriba

de la mesa y me senté a mirar. En la casa no entraba el sol, hacía fresco. Después de haber ido cinco días a la escuela, ya casi sabía leer del todo. Lo primero que noté fue que Facebook no se escribe como se dice, sino que se escribe muy raro. Seguro está en inglés. Después vi que aparecían un montón de fotos y videos mientras movía el mouse. A la derecha de la pantalla estaba el mismo rectángulo de siempre, el que tiene el nombre del vecino, pero esta vez en color blanco. Lo apreté para ver qué pasaba. Se abrió lo que supuse que era el chat, por lo que me dijo la Carina el otro día. Empecé a leer unas palabras que salían de la foto del vecino. Decía que ya estaba solo. Después, más abajo, unas palabras en fondo azul, que supuse eran de ella, a la que tanto había yo besado, a la que le traía el pan a la mesa todos los días, que eran suyas, sus palabras, las que leí con su voz y las que en ese momento se dirigían al vecino, unas palabras que le decían que ya iba para allá, que hoy yo trabajaba toda la tarde y que los chicos iban a estar en el club, que la espere.

Dormir sin alarma

“Pensar era inútil como desesperarse por recordar un sueño

del que sólo se alcanzan las últimas hilachas al abrir los ojos”

Cortázar, 62/Modelo para armar.

El sol se expandía por toda la cuadra. Francis descendió las escaleras del edificio y atravesó la plaza 25 de Mayo, para luego desembocar en la calle Bernardo de Irigoyen. Era un sol de invierno, de esos que no calientan en ningún momento del día. Caminó recto durante un largo rato, se detuvo en una esquina, dobló apenas y abrió el portón enrejado de la casa de Dalia. Subió una breve escalera y entró, sin tocar el timbre, por la puerta de la izquierda. Se acomodó el pelo y el cuello de la camisa en el espejo que está exactamente frente a la entrada, atravesó el comedor, pasó por un pasillo y se metió en la última habitación. Había olor a patchouli y la persiana del ventanal estaba cerrada por completo. En un colchón de dos plazas, tirado en el piso, dormía Dalia. Sin despertarla, se dirigió hacia la ventana y subió la persiana.

El cuarto se iluminó. Luego, se tiró al lado de ella y la sacudió por los hombros. Sus ojos se abrieron con lentitud, sumidos en un sueño profundo. De inmediato, lo abrazó y le dijo que lo había extrañado. Amiga, te prometo que nos vamos a ver más seguido, yo también te extrañé, le dijo Francis. Mientras ella se desperezaba, él se dirigió a la cocina y puso a calentar el agua para el mate. Salieron a la terraza, acompañados por los gatos de Dalia, que la seguían a todas partes, y se pusieron al día. Después de contarse las cosas que pasaron desde la última vez que se vieron, empezaron a planear qué iban a hacer esa misma noche. Francis pensó en Érica, la mejor amiga de Dalia, y como leyéndole los pensamientos, antes de nombrarla, Dalia le preguntó por ella con cierto interés. Él le dijo que aquella vez que se juntaron, borrachos de vino, Érica le había parecido muy atractiva. Por dentro y por fuera, aclaró. Se rieron y Dalia prometió llamarla para hacer algo esa misma noche.

Con una botella de Viñas de Balbo bajo el brazo, una gorra de visera recta, pantalones grandes y remera ancha, al mejor estilo rapper, y los ojos serios, inexpresivos, entró Érica a la habitación. Los otros dos estaban tirados sobre el colchón, fumando cigarrillos. Enseguida, una sonrisa borró todo dejo de seriedad en la cara de la recién llegada, abrazó a su amiga y le dio un beso en la mejilla a Francis. Ya era medianoche y sobre la calle que daba al ventanal la gente circulaba a montones, desprendiendo gritos y voces. Bastaba asomarse para que alguna persona notara la presencia de uno. Descorcharon el vino y lo volcaron en una copa de cristal, mezclándolo con gaseosa de pomelo blanco. A la media hora, llegó Yuri. Francis bajó a abrirle.

-¿Y, qué onda? -le dice Dalia a Érica, moviendo la cabeza en dirección a la puerta que se acababa de cerrar.

-¿Con Fran? Nada, amiga. Tranquila. Creo que me hace falta conocerlo bastante todavía. Es la segunda vez que nos juntamos y apenas cruzamos algunas palabras. Pero me cae bien. Cómo jodes con que...

La puerta se abrió, entraron Francis y Yuri. Este último, al igual que Érica, con una botella de Viñas de Balbo, pero sin gorra y con pantalones ajustados, estilo chupín. Saludó tímidamente, y se quedó parado en medio de la habitación, sin saber qué decir. Atravesado por el mutismo, tomó asiento al lado de la ventana y, de una bolsita Ziploc, sacó un cogollo. De mi cosecha, celebró. Antes de prender el porro, el resto del grupo ya estaba alrededor de él. Francis, puso música rock y fumaron mirando

por la ventana. La noche prometía.

-¿Vamos a salir? -preguntó Dalia, mientras bailaba.

-Como ustedes quieran -dijo Francis.

-Hay una fiesta hoy, que ya habrá empezado -dijo Érica.

-Ah, sí. Ya sé cuál decís. Podríamos ir a esa, che -contestó Yuri.

-Siendo domingo, no nos queda otra -dijo Dalia.

-Bueno, de una. Vamos entonces. Pero primero terminemos el vino que nos queda

-dijo Francis.

-Y compremos otro para el camino -respondió Yuri.

Se tiraron en el colchón los cuatro, mientras la música sonaba y el alboroto de la calle entraba a viva voz por la ventana. Las gargantas tragaban vino y los pulmones se llenaban de tabaco. Francis estaba conversando con Érica, en el colchón.

-Por lo que tengo entendido la criminalística aplica los conocimientos de las ciencias naturales, como biología, química y física, para descubrir quién fue el que cometió el crimen y cómo lo hizo -dijo Francis.

-Sí, es algo así como vos decís, aunque también intervienen otros factores como el sentido común y la psicología -respondió Dalia.

-Vos sabés que uno de mis sueños es ser detective privado, al estilo Philip Marlowe, que se la pasa tomando whisky y cagando a piñas a todo el mundo -dijo Francis.

-Se podría decir, que yo estoy muy cerca de eso o al menos así quiero que sea, aunque no sepa quién mierda es ese que vos decís -contestó Dalia, mientras sacaba de la mochila un blíster de pastillas- ¿Querés?

-¿Qué es?

-Alplx.

Francis, vaciló un momento.

-Vos sabés que yo hice varios años de medicina y después dejé la carrera, ¿no? Bueno, en una de las materias, en farmacología, vimos lo que producen este tipo de ansiolíticos si se mezclan con alcohol. Un efecto rebote que casi siempre termina en euforia desmedida, desinhibición y es bastante peligroso porque...

Érica se echó a reír y lo interrumpió diciéndole que ya sabía todo eso, y que tomarlo con alcohol era mucho más divertido que tomarlo solo y quedarse dormida.

-Tomá, dale, probalo con vino, está buenísimo -insistió Érica.

-Bueno dale -accedió Francis.

-Mirá que es fuerte -dijo Érica, y le extendió media pastilla.

Che, ¿vamos arrancando? Preguntó Dalia. Compraron otro vino en el drugstore de la esquina y se subieron al Fiat Duna de Yuri. En la radio sonaba una canción de Virus. Llegaron hasta el centro de la ciudad y se bajaron en el lugar de la fiesta. Francis, sentía un mareo extraordinario, aunque para nada contraproducente. Yuri, recién empezaba a sentir los efectos del vino. Las otras dos, se sentían como Francis. Llegaron a la puerta y se encontraron con un hombre corpulento. Cuando vio al grupo se le escapó una sonrisa.

-Buenas noches -dijo Dalia- ¿Cuánto está la entrada?

-Doscientos pesos -contestó el gorila, simpático- pero les recomiendo que no entren porque dentro de media hora o veinte minutos se termina la fiesta.

-¡Uh, qué mala onda! -dijo Francis, mientras miraba la hora en su celular- termina temprano, a las cuatro.

-Lo que pasa es que es domingo y algunas personas tienen que trabajar mañana -dijo el gorila.

-No como nosotros, que somos unos desocupados -dijo Francis.

Volvieron al auto. Decidieron ir hasta San Carlos, un parque con altas lomadas, árboles frondosos, juegos distribuidos por doquier y un enorme castillo en el que alguna vez aterrizó Saint-Exupéry por accidente (acontecimiento, al parecer, relevante para los ciudadanos de esta breve ciudad, por tratarse del autor de El Principito). Yuri frenó el Fiat Duna en una lomada oscura, lejos de los demás autos. Se recostaron sobre el pasto, apenas humedecido por el rocío. El vino fue servido sin demoras, como corresponde, y para continuar con la biaba Yuri se armó otro porro. Francis, mientras tanto, recién empezaba a sentir el efecto de la pastilla cuando vio que Érica sacaba otra del blíster y la mordía, se quedó mirándolo y, sin decir nada, le puso en la mano una mitad. Yuri los había visto a los dos, justito, con las manos en la masa. Se acercó a ellos y Érica le dio una pastilla entera, para que la compartiera con Dalia, que fumaba porro, puesta, mirando el cielo. El tiempo transcurrió así, como siempre, vacilando entre las cosas pequeñas, que duran muy poco, como tomarse un trago, y las cosas grandes, que son el resultado de un continuum de las cosas pequeñas, como volverse alcohólico. Para Francis, el tiempo había pasado demasiado rápido. Faltaba menos de media hora para que amaneciera cuando se percató de que apenas había hablado con Érica. Tenía que avanzar, o no pensar en nada y seguir siendo él mismo, para que las cosas fluyeran sin darle tantas vueltas al asunto. Dalia y Yuri estaban acostados juntos. No paraban de besarse. Los envidió por no tener la misma desenvoltura que ellos. Sacó un cigarrillo y lo fumó acostado. Cuando terminó, se dio cuenta de que Érica no estaba. La encontró sentada un poco más lejos, mirando el amanecer en la parte más alta de la lomada.

-Qué hermosa vista -dijo Francis, acercándose por detrás.

-La verdad que sí, se ve todo desde acá -dijo ella.

-El amanecer es algo increíble. Aunque pocas veces tengo la oportunidad de verlo -comentó, mientras se sentaba al lado de ella.

-A mí me pasa lo contrario. Vivo prácticamente de noche y me voy a dormir algunas horas después de ver cómo sale el sol. Es reconfortante y me llena de energías positivas -dijo Érica.

Él sintió que era el momento y le tomó la mano. Se quedaron así, en silencio, de

cara a la inmensidad del parque. Francis la miró y le dio un beso, que apenas se prolongó varios segundos. Volvieron la vista hacia donde estaban sus amigos, que de manera furtiva los vigilaban. El grupo se preparó para volver. Llegaron todos a la casa de Dalia. Estaban en la habitación cuando Francis le avisó a su amiga que se quedaba a dormir en su casa. Ella le dijo que por supuesto, eso no tenía ni que preguntarlo. Mientras hablaban, Érica había salido de la habitación para ir al baño. Entonces, Dalia se acercó a Francis y le sugirió, en voz baja, que la invitara a su amiga a dormir juntos en la pieza de su hermano, que estaba desocupada. Él salió enseguida y en el pasillo se encontró con Érica. Vamos a dormir juntos, le dijo, así le hacemos el aguante a Dalia, que se quiere acostar con Yuri. Sí, dale, respondió ella.

La cama era de una plaza. Érica se acostó primero, quedando del lado de la pared. Francis, a pesar del Alplax, no tenía sueño. Comprobó, que lo que le habían enseñado en la facultad era cierto. Por una ventanita, que se encontraba justo detrás de sus cabezas, entraba un hilo de sol que dejaba distinguir las siluetas. Érica, le daba la espalda, no lograba pensar con claridad, tenía ganas de dormir. Él estaba acostado boca arriba. Sintió que una mano se posaba encima suyo con intenciones de abrazarla. Sin embargo, no se dio vuelta para mirar a Francis. Le quitó su mano de encima, quizás porque no recibió respuesta alguna. A Érica no le gustaban las muestras de cariño. En realidad, le daban lo mismo. Al no obtener respuesta Francis se apoyó sobre su codo y ella se puso, ahora sí, boca arriba para mirarlo. Le agradaba la forma de su nariz, el pelo cayéndole por encima de la frente cuando miraba para abajo, como ahora. Pero no necesitaba nada más que mirarlo. Era una especie de idolatría o admiración, que también sentía por otras personas. Sin embargo, esa tentación física y mental, ya que también adoraba la forma audaz e inteligente que tenía Francis para desenvolverse, no eran más que atracciones ideales. Es decir, sentía que estaba muy alejada de cualquier acto de cariño o carnalidad. Ya le había pasado antes, eso de no poder disfrutar momentos... ¡Pum! Cuando quiso acordar, Francis la estaba besando. Desplegó sus labios, los movió al son de los otros, mordió un poquito el de abajo. Ella cedió. Sintió que le subía la remera y acariciaba sus costillas. Fran, basta, por favor, le dijo. Él no supo responder de forma rápida, algo lo enlenteció, y cuando cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo se quedó atónito ante el rechazo. No voy a hacer nada que no quieras, Érica, perdón, le contestó en voz muy baja. Entonces nada, dijo Érica.

Al otro día, Francis se despertó solo. Le dolía mucho la cabeza, y sentía que cargaba

demasiado peso en sus hombros. Un peso físico, sustancial. Se quedó sentado al borde de la cama y lo sorprendió encontrarse desnudo. Intentó hacer una ilación de todo lo acontecido durante la noche pero algo no le permitió llegar hasta el fondo del asunto. No recordaba en qué momento exacto se había quedado dormido ni qué había sucedido con Érica cuando se acostaron. Esto lo fastidió sobremanera. Se agarró la cabeza y después miró sus manos. Se preguntó por qué Érica se había marchado, lo consoló la idea de que quizás era demasiado tarde y que, seguramente, tuvo que volverse a su casa. Se vistió y fue al baño a mear. Cuando sacó la pija se impresionó al verla llena de sangre y con olor a semen. Ahí, recién, se acordó. La silueta amarillenta de los cuerpos, la negación de Érica, sus manos raspando la tela del jean, el forcejeo, la sensación de estar en otro lugar y no en ese. Lo que es el Alplax, estar ciego, no pensar, pensó.

Pescado frito

“...lo que diferenciaba el amor del deseo

–que con tanta frecuencia tendían a ser confundidos–

consistía en que el primero conocía la renuncia

al tiempo que el segundo no”

Pron, Mañana tendremos otros nombres.

Tan triste como verte sonreír a través de tu jaula. Es decir, esa jaula que con besos y caricias construí para vos. Mucho tiempo pasamos dentro de ella sin separarnos. Dentro de una libertad estrecha, limitada por nuestra obsesión, revolcándonos de aquí para allá entre gemidos mientras hacíamos el amor con zarpazos de garras y

plumas y, luego, extremando el romance, adivinando los pensamientos del otro.

Alguna vez, te propuse que en los momentos en los que alguno de los dos se sintiera celoso o enojado, en lugar de plantear un reproche irresoluto y carente de sentido sería mejor recordarle al problemático algún rasgo atractivo de su personalidad. O simplemente traer con una sogla firme hacia el presente, que comienza a marchitarse, los momentos de dulzura vividos con intensidad en tiempos anteriores, en los que se carecía de tales prejuicios. Pues, como todos sabemos, la dicha y la ilusión de los primeros meses generan una idealización y una felicidad que parece inacabable, hasta que todo se derrumba cuando la relación empieza a desgastarse. La idea era buena. Pero a veces la bondad no basta, menos aún cuando permanece en lo ideal. En vez de dialogar de manera apacible preferíamos abrir despacio la puerta de la jaula, para después, mirando al otro con el ceño fruncido, azotarla y salir volando. En cierto momento de lucidez entendí que el amor era eso: no poder decidirse. ¡Cuántas veces, querida pajarita, quise salir con mis alas desplegadas a dar un paseo sin tu compañía! Sin embargo, nunca pude. Porque llegabas vos con esa manía de meterte en la cama para asfixiar y deleitar mi sensibilidad con tu belleza. Quitabas, de modo voluptuoso y gratificante, las ganas de marcharme que cargaba encima, esas ganas que tanto disgusto le provocaron a tu necio corazón. Vulgares e inocentes inclinaciones hacia las relaciones sociales interrumpidas por tu acoso, por tu sexo arrogante y deseado. Lo sabías tan bien, que era fácil para vos, pajarita, seducirme hasta el punto de lograr cambiar mi opinión. Después, te cansabas de mí, de retenerme entre tus alas, y te ponías a hacer otra cosa. Cuando salía volando de la jaula, para irme al trabajo, y volvía un poco más tarde de lo normal, te encontraba furiosa, dispuesta a regañarme, siempre con un dejo de ternura que se confundía con tus palabras de odio. Y yo, que me portaba tan bien con vos, debía soportar esas acusaciones torpes, causadas por la inestabilidad emocional que te producía el hecho de que estemos siempre juntos (porque, al fin y al cabo, eso era lo que nos tenía maniatados en un ir y venir balanceado entre el amor y el odio). Después, nos reconciliábamos. A veces, utilizando el mecanismo necesario para rescatar momentos de felicidad de cuando apenas nos conocíamos y otras, dejándonos de hablar por un tiempo, mientras cada uno pensaba por su lado. Y luego, mi parte favorita, el sueño, siempre indiferente ante los enojos, el despertar por las madrugadas y tantearte con mis alas, abrazarte, ponerte una pierna encima, besar con suavidad tu cara, verte así, hermosa y dormida. Despertarnos los dos al mismo tiempo y toparme con tus ojos era mi punto débil. Sabía que echar una mirada hostil, azotar la puerta y volar fuera de la jaula eran acciones fáciles para huir de vos pero, suponían una actitud difícil

de adoptar en vista de perder semejante desnudez, destellante pajarita. Escapar de tus ojos al despertar era una idea tonta e imposible de acometer.

Por eso, sostengo que el amor es no poder decidirse. Porque después de tramar miles de huidas y engaños en tu contra nunca pude realizarlos, por temor y también por lo antes dicho. Ergo, por despertarme y contemplarte nació el miedo de perderte, de abandonarme a mí mismo en una soledad desconocida y echada con rencor al vicio (porque sin vos no imagino nada más que eso). No podía creer que una mujer tan bella estuviese acostada conmigo, hasta llegué a creermelo insuficiente, menor, un cero a la izquierda en comparación con tu figura. En lo profundo creo que te pasaba lo mismo, es decir que confundías mi personalidad con mis atractivos físicos y eso te impedía decidirme. Entonces, después de mirarnos de modo irritable, hacíamos el amor con un poco de bronca, intentando olvidar tantos reproches sin justificación, hacíamos el amor con dos corazones que se encontraban desgarrados, con culpa porque sabíamos que queríamos estar en otro lado, porque sabíamos que en nuestro fuero interno anhelábamos salir volando y azotar la puerta de la jaula en cualquier momento. Sé con certeza que, en vos, solo existían buenas intenciones. Pero como dije antes, a veces la bondad no basta.

Cierto día mi pajarita se encontraba fritando unos pescados en la sartén. Llegué, cansado y desplumado, de dictar clases en la escuela del Gran Árbol, un poco más tarde de lo normal. No quiso esperar a que nos sentemos a la mesa, tampoco aceptó mi pico para el beso de bienvenida; apenas entré, prefirió reprocharme que había estado con otra pajarita antes de volver a la jaula. Naturalmente, era mentira. Estaba harto de sus acusaciones, de sus amenazas, de que insistiera en extorsionarme con la idea de que tenía una amante. Quería desprenderme de ella, claro está, pero no podía. Su belleza me ataba con poderosos lazos de atracción. Aquellos recuerdos tan lindos, aunque también tan lejanos, caían sobre mí como la lluvia sobre las plumas cuando no tienes resguardo y las alas quedan mojadas y pesadas. La miraba, tenía el ceño fruncido, pero seguía con el aura de su hermosura intacta. De pronto, sus gritos fueron aumentando, cuando quiso acercarse a mí se tambaleó, golpeó la sartén, y el aceite se disparó directo hacia sus ojos.

Aunque el doctor no pudo curarla de la vista, pues quedó ciega, sí logró curarle el alma. Y, sin querer, también curó la mía. Aquella pajarita, que contaminaba su propia alma con palabras de dolor, dejó de ver lo que realmente le gustaba de mí y la encadenaba. Por eso, un día, ya acostumbrada a la ceguera, pudo salir de la jaula

sin necesidad de azotar la puerta ni fruncir el ceño. Simplemente, la cerró despacito y se marchó volando, sosegada, lejos de los temores que la atormentaron. Antes de irse, giró la cabeza y me dedicó una sonrisa. La contemplé, sonrosado, a través de los barrotes de la jaula. La jaula que alguna vez supe construirle con besos y caricias. Tan triste, querida pajarita.

Mabbo

“(...) lo social, esa extensión simbólica inevitable”

Aira, Los fantasmas.

Hace varios meses que tengo problemas para dormir, tras lo cual la bebida se ha vuelto, de la noche a la mañana, sin que me diera cuenta, un auxilio para conciliar el sueño. Esta noche, mientras destapaba un vino en el living y me disponía a tomarlo acompañado de varios cigarrillos, recordé que no había hablado con nadie en todo el día y pensé que un poco de charla me vendría bien. Así fue que me acordé de Mabbo -un juego online que hace años no frecuentaba y que en su momento me generó una leve adicción (volvía de la escuela, comía rápido, ansioso, y me sentaba en la computadora con una botella de Coca-Cola al lado, sin quitarme el uniforme, toda la tarde)-, y decidí volver a entrar. Mabbo es una comunidad virtual online donde podés crear tu propio avatar, chatear con personas de otros países que hablan tu mismo idioma, construir salas (que son una suerte de habitaciones) y crear juegos dentro del mismo juego. A los doce años, tenía una cuenta con muchos objetos. Los

objetos se compran con créditos, lo que en la vida real se traduciría como dinero. Existen diferentes formas de ganarlos: trabajando dentro del juego para usuarios adinerados, pagando con plata real a través de una tarjeta de crédito o mandando mensajes. Por ese entonces, yo le pedía prestado el celular a mis padres y enviaba mensajes de texto a escondidas. Por quince pesos me daban diez créditos, lo suficiente como para comprar algunos objetos y decorar mi sala. Con la notebook encima de las piernas, el vino y los cigarrillos sobre la mesa, abrí Mabbo. La cuenta era vieja y había pasado tanto tiempo desde mi última conexión que no pude recordar la contraseña. Realicé varios intentos pero no tuve acceso. Desistí, opté por crear una nueva. Mientras se cargaba el juego, aparecieron unas frases que no recordaba; decían: “El tiempo es solo una ilusión” y luego “¿Todavía estamos aquí?!”. Cuando entré no tenía absolutamente nada, ningún objeto, y eso me deprimió un poco. Estuve un rato ahí, en mi sala de paredes grises, -se pueden tener infinidad de salas sin necesidad de poseer créditos-, y recorrí el catálogo, donde los objetos se actualizan con frecuencia, por lo general en los días festivos, para que los usuarios no paren de comprar. Son muy atractivos, dan ganas de tenerlos. Solo y aburrido, recordé que podía visitar salas de otros usuarios, aunque estos estén inactivos. Por pura melancolía, busqué la de mi viejo Mabbo, la que estaba llena de objetos, entré y me asaltó un gran sentimiento de angustia. Me serví la primera copa de vino. Era increíble lo rápido que había pasado el tiempo, y lo solo que me sentía en un lugar en el que, tiempo atrás, estaba rodeado de personas, en un mundo donde al principio me encontraba cómodo y acogido pero luego, acabé por abandonar. Me había cansado de hablar con la gente, de no encontrarle el sentido a sus palabras, y la construcción de las salas, el mero ordenamiento de los objetos, me resultaba cada vez más rutinario y artificioso.

Me senté en uno de los sillones rojos de la sala que había creado con mi Mabbo anterior. Olvidé aclarar una cuestión relevante del juego: cada uno arma su avatar como quiere, poniéndole la ropa que más le guste, cambiándole el pelo, el tono de piel, etcétera, y las caras hacen gestos cuando se tipean ciertas palabras en el chat. Claro que lo armé idéntico a mí, incluso con la misma ropa que tengo puesta en este momento, ¿para qué ocultar lo que uno es? Encendí un cigarrillo, sentado en el sillón. Estaba aburrido, las cosas ya no eran como antes, ni siquiera sabía si de verdad tenía ganas de hablar con alguien. Estuve así, un rato, mirando los objetos, recordando a mis viejos amigos; los vi como personas de una vida anterior, lejanas y borrosas. Había uno en particular, Maxedu99, el chileno, con el cual pasaba toda la tarde jugando, yendo de un lado para otro, jodiendo a la gente y bebiendo ponche

de una máquina expendedora que yo había comprado y estaba, ahora, justo al lado mío. Me da nostalgia volver hasta acá porque en aquella época no tenía casi amigos, es decir, amigos de verdad, de carne y hueso, y solo hablaba con avatares virtuales, controlados por personas de otras partes del mundo, y lo entiendo, es inevitable porque, por aquella época estimaba a Max más que a cualquiera, a pesar de que nunca pude darle un abrazo, ni mirarlo a los ojos. Pienso que si hubiese conocido a Max en la vida real, en la escuela por ejemplo, a lo mejor no nos hubiésemos vuelto amigos. Me serví otra copa.

Una persona entró por la puerta de la sala. Cuando le hice click encima, sobre su cabeza, para saber quién era, descubrí que se trataba nada más ni nada menos que de Maxedu99. Seguía siendo el mismo de siempre: el pelo morocho en forma de jopo, el jean azul y la remera roja, las zapatillas redondas y negras. Nos saludamos con afecto, y nos contamos un poco de nuestras vidas. Le dije que había entrado al juego nuevamente, porque tenía muchas ganas de hablar con alguien, con quien fuera, y que me alegraba mucho haberlo encontrado justo a él. Me confesó que jugaba con frecuencia y siempre se tomaba unos minutos para visitar aquella sala, la de mi Mabbo viejo. Me preguntó si había podido cumplir con mi sueño de ser músico, hecho que me sorprendió bastante porque yo no me acordaba nada de su vida privada y él, claramente, sí. Le dije que no, el trabajo no me dejaba en paz y las cosas en Argentina estaban muy complicadas como para pretender vivir de eso. Es una lástima pero, de todos modos, no dejes nunca de hacer lo que te gusta, me respondió. Le deseé mucha suerte. Charlamos un rato, hasta que la lectura de las palabras se me antojó vacía. La nostalgia, siempre la nostalgia. Sentado en el sillón, me serví otra copa. Le confesé por qué había abandonado el juego, y de inmediato pensé que Maxedu99 había vuelto a jugar con frecuencia porque era una persona solitaria, como yo, y ahí dentro, en la comunidad virtual, encontraba mucho más afecto que en las relaciones sociales verdaderas. Me sentí un poco más solo que antes y me despedí. La vida está allá afuera, por eso dejé de jugar. Cerré la pestaña del juego y apagué la notebook. Me hubiese gustado darle un abrazo, pero los Mabbos no hacen esas cosas. De vuelta en mi living noté que la oscuridad reinaba, casi absoluta, y que solo llegaban algunas luces del exterior. Encendí otro cigarrillo con la colilla del que me estaba terminando y apuré el trago. Pensé en salir de casa, en dar una vuelta, pero no me animé a tanto.

Tom Wave

Aldo ansiaba encontrar a su compañero de piso. Vivían juntos en un departamento viejo y espacioso. Tom había desaparecido hacía un año, y mucho antes de que se largara ya se comportaba de manera extraña, por lo menos para Aldo; se la pasaba encerrado en su pieza, y no hablaba con nadie sin una pantalla de por medio. Al principio, no se tomó la molestia de preocuparse por él. No le afectaba, en absoluto, que no le dirigiera la palabra. Nunca habían forjado la costumbre de sentarse a conversar como hacen los amigos, porque había una grieta lingüístico-cultural que los distanciaba: Tom era inglés y él argentino; además, no eran amigos, sino solo compañeros de piso. Antes de irse dejó un montón de dinero sobre la mesa del comedor, con una breve nota que anunciaba su incierta partida. Decía que no sabía cuánto tiempo estaría fuera -no especificó dónde- y que si su ausencia se prolongaba más de lo esperado allí estaba su parte para pagar el alquiler. El tono de las palabras, algunas mal escritas, reflejaba cierta parquedad. La plata era suficiente para cubrir hasta doce meses, y el contrato vencía seis meses después. Transcurrió un año y el dinero se acabó. Aldo no tenía suficiente capital como para pagar el alquiler por sí solo, y se le ocurrió entrar a la pieza de Tom Wave, pero la puerta estaba cerrada con llave. Cuando el inglés comenzó a comportarse de manera extraña, solo salía de su cuarto para comprar comida. Mejor dicho: bajaba al hall del edificio a buscarla y re-

gresaba. Hacía los pedidos por Glovo. Subía con paquetes de Oreo, Lay's, Cheetos, alfajores de chocolate, envases de Coca-Cola y bidones de agua. Lo único que Aldo sabía, en ese entonces, era que Tom se alimentaba muy mal. El resto de su vida era un misterio. Salía con bolsones llenos de envases de plástico vacíos y volvía con otros bolsones repletos de comida.

La pieza tenía un baño contiguo, al que solo se podía acceder atravesándola. Buscó algunas herramientas en el depósito y luego desarmó la cerradura. Desde afuera sintió olor a humedad. Apenas logró abrir la puerta, cuando vio que la pared contigua al baño estaba llena de moho, lo cual lo previno de no entrar para evitar la posibilidad de pescarse una alergia. En el suelo la basura se amontonaba. El olor a podrido se mezclaba con el hedor de la humedad. La cama permanecía revuelta, -desde hacía un año, pensó Aldo-, y había algunas tazas de café con colillas de cigarrillo dentro. El resto se completaba con una computadora con su respectivo escritorio, una biblioteca estrecha, un baúl viejo de metro y medio de largo por cuarenta y cinco centímetros de alto, y un ropero. No sabía por dónde empezar. Decidió postergar el pago hasta localizar a Tom, hecho que le pareció, parado como estaba, con los hombros caídos, en medio de la habitación, lejano y poco probable. Se puso el sobretodo negro, agarró el portafolio y salió para el trabajo, dispuesto a continuar con la búsqueda esa misma noche.

Cuando regresó, lo primero que hizo fue limpiar toda la habitación. Ya no le importó que Tom se enterara de que él había quebrantado su intimidad, al entrar a su cuarto después de forzar la cerradura. Le pareció mucho más reprochable la desaparición silenciosa de Wave durante un año entero, sin decir nada salvo esas palabras secas e insuficientes escritas en la nota que dejó pegada sobre el montón de dinero, insuficiente, también, como sus acotadas palabras. Después de remover la basura del cuarto -lo que más le costó fue quitar las colillas pegadas en el fondo de las tazas de café- y barrer el piso, Aldo puso en marcha la computadora. Al principio, hizo un ruido agitado, como el de los lavarropas, luego una luz azul titiló en el CPU y, finalmente, se prendió la pantalla. Usuario: Tom Wave. Contraseña: _____.

Decidió dejarla prendida hasta que se le ocurriera alguna contraseña. No sabía nada de la vida privada de Tom, como su fecha de nacimiento, por ejemplo, y por ende no tenía indicios de cómo sería la clave de la computadora. Se dirigió al baúl, que

por fortuna no estaba cerrado con llave, y lo abrió despacio, a la espera de que algo le saltara directo en la cara, sabiendo que así corrompía un poco más el espacio de otra persona, de un alguien que siente, piensa y vive, a pesar de las insalvables distancias, como él. Se imaginó a Tom Wave entrando en su cuarto, quebrantando su intimidad. Comprendió que no demostrar también es una forma de aparentar lo que se es. En el baúl encontró, entre otras cosas, libros viejísimos que reunían el estudio de las ciencias. Manuales de física, química, matemáticas, geometría e incluso astrología. Los fue sacando y apilando a un costado, mientras revolvía un montón de papeles sueltos que se mezclaban entre los libros. Separó en cuatro secciones: libros, papeles, objetos, basura. Los objetos eran de una variada extrañeza: una tabla periódica, varios frascos llenos con lo que parecían ser especias, dos relojes pulsera y uno de bolsillo, tres atados de Camel cerrados y un montón de aquellos elementos que pueden encontrarse en cualquier laboratorio: tubos de ensayo, pipetas, mecheros, balones, probetas, vasos precipitados, matraces, etcétera, algunos con líquidos de distintos colores en su interior. Lo que consideró como basura eran pequeñas cosas de las que no se deshizo: pedazos de alambre, cinta, agujas e hilo. Después de ordenar los objetos se acercó a la computadora y se quedó ahí parado, mirando la pantalla, pensando cómo mierda haría para acceder. Se le ocurrió que a lo mejor un técnico podría ayudarlo. Pero eso equivaldría a gastar una cantidad de dinero que no poseía en ese momento. Miró la esquina derecha de la pantalla para consultar la hora: 2:07. Se fue a dormir sin apagar la computadora.

Necesitaba encontrar a Tom. No podía dejar de pensar en él. Se le estaba acabando el dinero y la inmobiliaria lo amenazaba con tener que pagar de más por el retraso. Lo veía en todas partes, se había obsesionado, pero sabía que la única forma de encontrarlo no era andando de subte en subte, (como en el que iba ahora, apretujado con Victoria, colgando de su brazo, observando todos los rostros que circulaban en torno suyo, sin prestarle atención a las palabras que ella decía); sabía, que por más que buscara en todos los rincones posibles no lo encontraría en la gran ciudad con sus calles laberínticas y sus edificios interminables, sino más cerca, donde había estado siempre, dentro de la casa. La pieza, la computadora, el baúl, el ropero, la pared llena de moho. Se desocuparon dos asientos y Victoria lo condujo hacia ellos. Aldo pudo ver, desde ahí, a un adolescente que le llamó particularmente la atención. Era un chico de pelo corto y grueso, rubio, vestido con uniforme escolar, que leía un libro de parado; alrededor suyo la gente no paraba de moverse, ni siquiera lo

desconcentró la entrada de un tipo que tocaba la guitarra y pedía dinero, a pesar de que este le había puesto la gorra en las narices para que colaborara con el show. Se quedó un rato mirándolo, mientras Victoria le decía algo sobre la facultad, y pensó que a lo mejor las personas que no tienen una vida exterior activa se refugian en su interior, y por lo tanto recurren a actividades más elevadas (diferentes a su trabajo de oficinista, que consiste en llenar simples registros), como la filosofía y las matemáticas, para satisfacer, de alguna manera, sus necesidades de comunicación y contacto con el mundo. No podía dejar de pensar en Tom Wave y en las posibles claves de la computadora.

Sabía que Tom trabajaba por internet, y que cobraba en euros, restaurando servidores. Dicho trabajo requería, como todo, de tiempo. Se la pasaba sentado frente a la computadora porque debía estar continuamente en contacto con diferentes operadores de todo el mundo que le informaban sobre la caída de distintos servidores webs. Además sabía, no porque él se lo hubiese contado, sino por el simple hecho de que vivían juntos, que Tom hablaba cuatro idiomas: inglés, español, alemán y francés. De esa manera, podía comunicarse fácilmente con los operadores extranjeros que le informaban la caída de los servidores. Eso, al menos, era lo poco que Aldo entendía sobre el trabajo de Tom.

Después de ver al chico del subte que leía sin parar, se le ocurrió que a lo mejor la clave de la computadora de Wave se encontraba en alguno de los tantos libros que había sacado del baúl. Cuando no estaba en el trabajo o pasando tiempo con Victoria, solo pensaba en él. Ya con una idea nueva en la cabeza, se sintió más fresco y seguro. Cuando llegó a la casa tiró sin cuidado el sobretodo y el portafolio sobre la mesa y se cayeron algunos papeles que no juntó de inmediato. Pasó directo a la pieza de Tom y empezó a revolver los libros para ver si encontraba alguna señal, creía que a lo mejor había guardado un papelito entre las páginas, por si algún día se olvidaba la contraseña. Eso, al menos, hubiese hecho él mismo. Pero no, no encontró nada. Fue hasta la cocina y después de comer lo único que quedaba en la heladera -una milanesa fría con mayonesa-, volvió y se sentó de cara a la pantalla de la computadora. 23:34 hs. Fumó un cigarrillo, le dio varias vueltas al asunto en su cabeza, y de pronto vio que una de las partes superiores de la pantalla tenía un papel pegado, doblado hacia atrás. Lo desplegó: 2059. Tecteo los cuatro números y luego apretó enter. La computadora se desbloqueó.

Estaba desesperado por cambiar de departamento, puesto que la pieza se le había llenado de goteras y su agente inmobiliario no colaboraba demasiado en el arreglo de las membranas del techo. Como le faltaban dos garantías para poder mudarse, decidió pegar algunos anuncios en las estaciones de subte: “Busco concubinx para alquilar departamento” y su número de teléfono debajo. Generalmente no usaba la “x” o la “e”, es decir el lenguaje inclusivo, pero esta vez lo consideró oportuno, ya que habitualmente los carteles que se pegaban en la vía pública estaban escritos así, aunque en su mayoría por personas más jóvenes que él. ¿Se consideraba Aldo a sí mismo como un joven de esa camada? Él pensaba que no, teniendo en cuenta su edad. Pero el hecho de no buscar preferentemente un concubino hombre ameritaba utilizar el lenguaje inclusivo; además, Victoria insistió en que así lo hiciera y a él no le pareció mala idea. Nunca se hubiese imaginado que terminaría yéndose a vivir con un inglés. Tom lo llamó pasadas dos semanas después de haber pegado los anuncios, y tras varios encuentros en diferentes inmobiliarias tomaron la decisión de alquilar un departamento que el inglés había visto (la casa en cuestión) y, cuya adquisición no requería de garantías ni contrato pero sí de mucho dinero mensualmente, hecho que lo traía mal al extranjero, que todavía no había empezado a trabajar como programador y se contentaba con hacer repartos en Glovo (de ahí, quizá, su afición por los pedidos y lo exagerado de sus propinas; una vez Aldo lo vio dándole a un cadete de la empresa cien pesos más de lo que le había costado el pedido). Tom estaba muy bien adaptado al país cuando Aldo lo conoció, ya hacía cinco años que vivía en Argentina y el español fue una adquisición que le costó poco; gracias al contacto verbal que da la calle, y a su su condición de cadete y otros oficios anteriores, como dictar clases particulares de inglés.

Cuando entró al cuarto de Tom Wave por primera vez se dio cuenta de que su vida era aburrida. Hacía ya tres años desde que había establecido su oficina de gestor automotriz y todavía no había decidido si mudarse o no con Victoria. Habían entrado en esa etapa en que las cosas empiezan a ponerse serias, cuando Tom desapareció. A pedido de ella, mantenían una relación abierta. Al principio, a Aldo le costó asimilar la idea, pero acabó, con el paso del tiempo, por aceptarla. Comprendió que amar es, entre otras cosas, aceptar. No quería, además, interrumpir su juventud, ni dejar de estar con ella por falta de flexibilidad emocional o sexual. Se adecuó, poco a poco y con sus respectivas contrariedades, a esa configuración tan extraña que punza a todo un sector de la sociedad como una suerte de mandato inconsciente. El mundo es ahora de los jóvenes y ellos masifican los mismos pensamientos que otra juventud ya intentó poner en práctica varias décadas antes, pensaba Aldo. Tenía

treinta años, y la certeza de que todavía las condiciones necesarias para asentarse con alguien no estaban del todo claras; en ese sentido, la libertad que sostenía al vínculo lo beneficiaba. Lejos de cristalizar la relación en algo matrimonial, en donde lo que se hace es para construir un hogar, tener hijos, comprarse un auto, en fin: hacer todo lo que nos vendieron con el nombre de sueño americano, lejos de ese modelopreciado y establecido en todas las generaciones anteriores a las de ellos, su relación transcurría adolescentemente, avocándose más al divertimento que a la acepción de ciertos compromisos que ninguno de los dos quería contraer. De todos modos, Aldo se confundía cada vez que intentaba materializar la idea de vivir con Victoria. El hecho de tener una relación abierta implica la existencia de otros amantes, y entonces ¿cómo sería vivir con una pareja que tiene otros amantes? Es decir, la casa de la pareja, pensaba, debería establecerse como un lugar neutral, y la casa del amante y los moteles como espacios de guerra. Se le ocurrió que podrían alquilar un departamento con dos habitaciones para ahorrarse esos problemas. Pero la situación no se prestaba para tirar manteca al techo. Ella era estudiante, vivía solo con la plata que le mandaban sus padres y apenas podía llegar a fin de mes, y él ganaba, últimamente, poco y nada. La condición económica de la pareja les impedía, de momento, irse a vivir juntos. Sin embargo, el día que Aldo entró al cuarto de Tom Wave decidió dejar esa vieja casa para convivir con Victoria en otro lado, a pesar de las dificultades que lo atravesaban. Aunque tuviera que compartir el cuarto con ella y, a lo mejor, quién sabe, con otros.

Llegó a la casa, dejó sus cosas desparramadas sobre la mesa del living y tomó mate en la cocina. Ya en la pieza de Tom, empezó a revisar las carpetas de la computadora. Encontró una que no tenía título. Empezó a leer los archivos que contenía, algunos estaban en formato Bloc de notas y otros en PDF. Los archivos escritos en PDF eran de un contenido informático pesado y la forma de la escritura era impenetrable. El autor de cada uno de ellos era Tom Wave. Aldo no sabía muy bien por qué lo hacía pero, casi sin darse cuenta, lo que leía le resultaba interesante, aunque solo entendiera de manera superficial todo aquello. Se trataba, básicamente, de tener en cuenta los textos en su conjunto, de una especie de manual en el que se explicaba, por un lado, cómo combinar ciertas sustancias químicas entre sí para llegar a otras, y, por el otro, cómo armar una máquina. Aldo pensó que, a lo mejor, para eso servían los tubos de ensayo y esos líquidos tan raros que había en los recipientes de vidrio. Pero no entendía lo de la máquina. Dio vueltas por la casa un rato, llamó a

Victoria pero no lo atendió, prendió otro cigarrillo, regresó al cuarto de Tom y abrió el ropero, que, a diferencia del baúl, tenía candado, con un hacha que primeramente sacó del depósito. El suelo quedó repleto de astillas, virutas y pedazos de madera. No barrió de inmediato, la importancia se alojaba en otro lugar, en el interior del ropero, lejos de la pulcra necesidad de limpiar la mugre que se esparcía por el piso.

A lo largo de aquellos días, cuando llegaba de trabajar, releía el manual por las noches y se quedaba despierto hasta, máximo, las dos de la madrugada. Lograba comprender mucho mejor el manual que los textos sobre mezclas químicas. Con el paso del tiempo, se sintió capacitado y empezó, de a poco, a encastrar las piezas metálicas que llenaban el ropero. La actividad le hacía pensar con claridad, librarse de lo que, de alguna manera, lo perjudicaba y lo alejaba de la toma de decisiones, o quizás le hacía sentir que en los momentos en que se ponía a investigar (esa era la palabra que usaba para referirse a dicha actividad siempre que se lo comentaba a Victoria) no pensaba en nada. Era como armar un rompecabezas, o jugar un videojuego. Lo primero que se le ocurrió cuando encastraba las piezas fue que la máquina era un robot, de esos que tienen tareas simples como alcanzar objetos que se encuentran a dos metros de distancia -extendiendo un largo brazo metálico-, o preparar un jugo de naranja exprimido mientras relatan las noticias del día -extraídas del diario digital preferido del amo humano-, pero en realidad, no estaba muy seguro, porque era una idea que se había formado con datos insignificantes, recolectados en dudosas páginas webs y publicaciones sobre robots en Facebook. En ninguno de los archivos de la computadora había referencias acerca del funcionamiento de la máquina. Sin embargo, siguió armándola hasta que se quedó sin piezas metálicas para encastrar. Como cuando terminaba de leer un libro o de ver una película, o como cuando Victoria se marchaba por la mañana a la facultad y él la despedía con un beso caluroso en el hall del edificio, Aldo se sintió angustiado, vacío. No supo qué hacer, cómo volver a empezar ese ciclo que quiebra al tedio del aburrimiento, ese ciclo tan cotidiano de encontrar algo para hacer con tal de no pensar ninguna estupidez.

Decidió postergar la investigación hasta el lunes, ya que se había quedado sin piezas para encastrar, y no quería sacrificar su fin de semana descifrando textos. Agarró la media botella de vino que le quedaba en la heladera y se sentó en el sofá, dispuesto a beber y olvidarse por un rato del asunto. Victoria, había salido con sus amigas y le preguntó por whatsapp si podía quedarse a dormir en su casa. Aldo le dijo que sí, que no tenía problema, al otro día solo debía ir de mañana a la oficina,

como todos los sábados, y podía esperarlo en la casa hasta que volviera. Todavía no le había contado nada sobre la desaparición de Tom, pero notaba que ella se movía por la casa con más naturalidad que antes, tal vez, porque sentía la ausencia de las exclamaciones en idioma extranjero y los ruidos metálicos, inescrutables, que antes provenían del cuarto de Tom. Ella, sin embargo, nunca le preguntó, durante esos días, por el inglés. La mirada de los otros condiciona y construye indirectamente las propias acciones, pensó Aldo, mientras sorbía el primer trago de vino.

Cuando regresó de la oficina, Victoria seguía durmiendo. En el subte pensó qué haría con las cosas de Tom. Le daba miedo, por un lado, que regresara y viera todos sus objetos desordenados, la puerta forzada, la computadora desbloqueada, la máquina completamente armada; no se imaginaba cómo podría reaccionar ante semejante escenario. Pero, por otro lado, no le importaba nada, ni que vuelva su compañero ni que encuentre todo su cuarto dado vuelta. Demasiado pésimo se había comportado él, al marcharse así sin más y no volver pasados los doce meses. Después de darle varias vueltas al asunto de Wave, Aldo intuyó que Victoria seguiría durmiendo. Y así fue. Le dio un beso en el cachete y se dirigió hacia la cocina a poner la pava. Después volvió, le dio un mate y le preguntó si le parecía bien comer bifés con ensalada. Mientras ella salía del sopor del sueño, él se fue al supermercado. En el camino pensó cómo haría ahora para vérselas con la mezcla de sustancias químicas. Creía que, siguiendo los pasos de los archivos que estaban en la computadora, obtendría algún beneficio, o, al menos, pasaría algo interesante. Algo que terminase, quizás, con la simplicidad de su vida. Todo parecía encajar para que así sea y Aldo se mantenía sumamente entretenido con su trabajo de investigación. Pensó que a lo mejor Victoria podría ayudarlo, que solo tendría que usar las palabras adecuadas para no levantar sospechas. No tenía ganas de explicarle tantas cosas.

-Tengo un amigo que me ofreció una changa -le dijo cuando volvió del supermercado-. Pude con la primera parte, pero la segunda me está resultando fatal. Lo que pasa es que el tipo es un misterioso, como Tom, viste, bueno, cuestión que me mandó a armar un extraño dispositivo de aerotermia, o algo por el estilo, todavía no estoy muy seguro de cuál es su función, y esa es la parte que tengo resuelta. Pero la segunda cosa que me pidió, no me preguntes por qué, es que prepare una mezcla química. Se me ocurrió que podrías ayudarme.

Victoria aceptó sin preguntarle de qué se trataba el asunto y dijo que después de leer los archivos se encargaría de preparar la mezcla. Lo hacemos en la pieza de Tom,

dijo Aldo, yo quiero estar para ver qué sucede cuando termines. Me puedo tomar el día en la oficina y, si vos no tenés nada que hacer, mañana mismo arrancamos, finalizó. Por la noche, ella leyó los archivos y Aldo cocinó; durante la cena, Victoria le dijo que no era muy difícil lo que había que hacer. Tengo un baúl con todas las cosas que necesitamos para llegar a la mezcla, le dijo él. Vos sabés que nunca preparé una de esas en la facultad, no sé de qué se trata, pero espero que no andes metido en algo raro, le contestó. Quedate tranquila, le dijo Aldo. Cuando entregue este trabajo voy a ganar un montón de plata, la necesaria para irnos a vivir juntos a un departamento con dos habitaciones, le expresó, con disimulado entusiasmo. Victoria, sonrió alegre por la noticia y le preguntó por Tom. Le costaba entender por qué quería trabajar en su pieza, aquel asunto no le cerraba del todo. Se fue de viaje, ya está arreglado, me dijo que la puedo ocupar hasta que vuelva, no tiene drama, inventó Aldo.

A Victoria le bastaron las horas de la mañana para terminar con la mezcla. Aldo, por su parte, fumaba de cara a la pantalla de la computadora, y leía los Blocs de notas que le habían quedado pendientes. Encontró uno, que creyó más relevante que los demás: eran instrucciones directas sobre lo que había que hacer una vez terminada la máquina y mezcladas las sustancias; los otros, hablaban sobre viajes en el tiempo efectuados por personas con un coeficiente intelectual demasiado alto, hechos nunca comentados en el mundo de los medios. Viajes en el tiempo que nadie conocía, excepto, pensó Aldo, Tom Wave y su séquito de freaks. ¡Ahora síiiiiiii! gritó, sin querer, al finalizar con la lectura. ¿Qué pasó? ¿Qué tenés que hacer ahora? Le preguntó Victoria, que no dejaba de mirar esa mezcla tan rara que minutos antes había concluido. Esta máquina, dijo Aldo y se paró para tocar el armatoste metálico, es una suerte de aire acondicionado. Esa mezcla... bueno, no sé bien para qué sirve todavía, pero acabo de leer (se acordó de la mentira) un archivo que me mandaron recién los del trabajo y dice que tengo que poner esa máquina en un cuarto pequeño. ¿En un cuarto pequeño? ¿Y las mezclas? ¿Qué cuarto? preguntaba Victoria, sospechando. En este último archivo están las coordenadas del lugar, dijo Aldo. Bueno, vos buscá las coordenadas por Google Maps, pongo la mezcla en los tubos de ensayo y continuamos, ¿pero qué vamos a hacer después con esto? No entiendo Aldo, explicame en que andás metido porque ya me está cansando bastante que te hagas el misterioso. Eso lo sabremos cuando encontremos el lugar indicado por las coordenadas, le respondió Aldo.

El lugar indicado por las coordenadas era el baño contiguo a la pieza de Tom Wave. Ya vengo, dijo Aldo y se metió allí. ¿Por qué no vas al otro? Andá a saber los bichos

que andan ahí, escuchó que le decía Victoria. No le contestó nada. Ningún indicio, ninguna certeza, nada. En el baño no había más que las cosas que suelen haber en los baños. Abrió el ropero donde supuso que estarían las toallas, los jabones y el papel higiénico, pero ahí tampoco había nada. Solo un agujero que comunicaba el baño con otra pieza. Prendió la linterna del celular y entró.

Después de tanto tiempo buscándolo, Tom Wave había estado siempre bajo el mismo techo que él. Nunca se había ido, le mintió descaradamente en aquella nota que dejó junto con el dinero. Tom Wave estaba congelado, dentro de una máquina de mayores dimensiones que la que Aldo había construido. Victoriaaaaa, Victoriaaaa, vení, gritó. Él fue el que me pidió que haga este trabajo, le dijo, perdón por haberte mentido. ¿Qué-e-e es e-esto? preguntó Victoria, con la voz temblorosa. Es Tom Wave, y este es el lugar de las coordenadas, le respondió. Traigamos la máquina y las sustancias químicas. Tom, permanecía quieto, pero alrededor del armatoste metálico que lo contenía había un extenso charco de agua. Una de sus manos sobresalía del hielo, dura. Aldo colocó la máquina aerotérmica al lado de Tom y la puso a funcionar al mayor nivel de frío posible. Traé los tubos de ensayo, le gritó a Victoria, mientras inspeccionaba la habitación con la linterna del celular. Detrás de Tom, en el armatoste, había un papel pegado con cinta scotch que decía: “insertar la mezcla indicada una vez al año a través del agujero que se encuentra en la parte superior”, “no apagar nunca el sistema de aerotermia”, “de haber hecho lo especificado, desconectar la máquina de congelamiento en el año 2059”.

Victoria, después de algunas semanas atravesadas por el odio que le generó la mentira de Aldo, decidió irse a vivir con él. Juntos podían pagar el alquiler y la casa tenía espacio de sobra para los dos. Tom Wave permaneció congelado y una vez al año le daban a su máquina la mezcla química que necesitaba. El resto del tiempo, el cuarto permanecía acondicionado por la máquina que había construido Aldo, cerrado con doble llave, varias trabas de metal horizontales y un candado de hierro. Todas las llaves quedaron en posesión de Victoria. Ambos decidieron mantener el asunto en secreto, por lo menos hasta el año 2059.

Los desentendidos

“Un novio no es más que una cómica dificultad
y yo no temo las dificultades, sean cómicas o trágicas;
únicamente me asusta una cosa: el hastío”

Kierkegaard, Diario de un seductor.

Para renovar nuestra situación actual como pareja, esa noche decidimos hacernos pasar por Henry Miller y su segunda esposa, Mona. Hace cinco años que Marianela y yo estamos de novios. Desde entonces, lo nuestro ha transcurrido de manera tranquila. Pero hace tres meses que, aunque lo intentemos de todas las formas posibles, no podemos tener sexo. Después de haber visto un capítulo de Modern Family en el que dos de los personajes -Phill y Claire- se hacen pasar por otras personas, en el día de su aniversario, para poner más caliente el asunto, decidimos que no era mala idea intentar hacer lo mismo. Debo reconocer que la situación actual de nuestro

país, así como la de muchos otros, favoreció la falta de deseo sexual. Desde que el coronavirus empezó a expandirse por el mundo, tuvimos que dejar las calles de lado y quedarnos durante algunos meses en nuestras casas; fue entonces cuando empezamos a tener problema con el sexo. Cerraron varios comercios, excepto las farmacias, los supermercados y los almacenes. Solo salíamos, hasta hoy, para hacer las compras. El resto de los días nos la pasábamos encerrados estudiando y haciendo alguna que otra comida elaborada que antes, cuando la vida, la calle y los negocios estaban habilitados, no teníamos tiempo para hacer. Cuando las cosas, al menos en Concordia, comenzaron a marchar de mejor manera, -ya casi no había contagios-, los bares, los restaurantes, las tiendas de ropa y otros locales menores empezaron abrir y las personas pudieron, de a poco, salir de sus casas. Las condiciones para asistir a un bar o a un restaurante eran registrarse al llegar, y ponerse alcohol en gel en las manos. En la entrada, un hombre con barbijo negro nos extendió una lapicera y una planilla. Nos anotamos con nuestras identidades falsas.

Henry Miller y Mona, en una cervecería por calle 1° de Mayo, a media cuadra de la Plaza 25, quién lo diría. Nos sentamos en una de las mesas de afuera, en un patio, al fondo del bar. Hacía mucho frío. Yo llevaba puesto un saco beige, una camisa blanca y un pantalón negro. Antes de que nos sentáramos a la mesa, me di la vuelta sin que Marianela me viera y fui hasta la barra. Volví con un whisky para mí y un vino tinto para ella. Le pregunté si quería una copa. Accedió. Me senté al lado suyo. Una chalina gris le cubría el cuello, el resto de su vestimenta se completaba con un vestido negro y unos tacos altos. Estaba muy hermosa. Apenas se parecía a Marianela, la mujer con la que convivía. Me hice la idea de todo. Ya no era quien creía ser, sino Henry Miller. Es decir, empecé a creérmela de veras. Imité su forma de hablar. Le dije que era escritor. Me preguntó qué escribía. Le contesté que eso no importaba. Hubo un silencio incómodo que duró, como máximo, tres minutos y medio. Pedí otro whisky y le pregunté a Mona si tenía un cigarrillo. Mientras fumábamos, le toqué la entrepierna. Primero dejó su mano caer sobre la mía, era suave y estaba caliente. Yo solo pensaba en levantarle el vestido y metérsela ahí mismo, delante de todos, pero cuando quise acercarla a su concha, me la quitó de encima. Entonces, le conté que estaba escribiendo una novela. De qué se trata, me preguntó. Le dije que no importaba. Quiero leerla. No está terminada. Tuve una erección, la agarré de la mano y le hice sentir lo dura que la tenía. Acto seguido, me dieron ganas de mear. Cuando me levanté, vi que ella me seguía. Hice el tonto, desentendiéndome de la situación. Cuando entré al cubículo del inodoro, se metió conmigo más rápido que un rayo. Me desabrochó el pantalón y empezó a chupármela. Una de las cosas

que más admiro de Mona es la concentración que le dedica a los petes. Hace mucho que no me la chupaba. La tenía tan dura y roja que parecía que iba a estallar. La agarré de los pelos y su boca me la engulló por completo. Después la alcé, le quite la bombacha, me la guardé en un bolsillo del saco y se la metí. Con una mano le tapaba la boca y, con la otra, la mantenía alzada contra la pared del baño. Se escuchaba el ruido que hacían los hombres al orinar y lavarse las manos. Se la metí hasta que sentí cómo acababa. Después, sí, acabé yo. Me encargué de salir primero del baño y avisarle desde la puerta que no había nadie, y que podía salir tranquila. Nos encontramos en la mesa. Los dos hielos de mi vaso de whisky se habían derretido. Lo tomé en dos tragos y pedí otro. En la mesa de al lado se había sentado un viejo, cuyo rostro me resultaba conocido, con dos mujeres jóvenes. Estaba trajeado, muy elegante. Parecía deprimido, su estrecha silueta se balanceaba, débil, sobre la silla de lona; por su mirada, supuse que ese hombre estaba en las ruinas. Me llamó la atención el discurso que estaba soltando, sentimental y borracho. Las mujeres estaban encantadas con lo que decía. Seguramente, el viejo les compraba la ropa, los tragos y, a lo mejor, les echaba un polvazo de vez en cuando, dado que esas mujeres no parecían ser sus hijas, y mucho menos sus nietas.

Mona se levantó para saludarlo. Me impresionó que lo conociera. Cuando volvió a la mesa, le pregunté si era su abuelo. Se rió y me dijo que no, que era un viejo amigo suyo, de vez en cuando salían juntos al boliche. ¿Al boliche?!! le pregunté. Sí, me dijo, al boliche, pero eso fue antes de que te conociera, Henry, y me pasó la mano por la bragueta. Al rato, su amigo nos miraba y hacía señas. Mona se levantó y fue hasta su mesa. Se quedó charlando un rato con el vejete y sus amiguitas, y después volvió con una copa de gin tonic. Algo olía mal, y no eran mis sobacos. Le pedí otro cigarrillo a Mona y terminamos el trago en silencio. No podía dejar de pensar en la relación entre ella y el viejo. Me pregunté si se habrían acostado juntos alguna vez. Las manos me temblaron un poco, me sentí confuso y negativo; luego, dudé de la capacidad sexual del vejete y me tranquilicé. Vámonos a casa, Mona, le dije.

-Pero, Henry, esta noche voy al baile con Carruthers y las chicas ¿Ya te olvidaste de que tengo que trabajar hoy? –me dijo.

Cuando salimos del bar la vi alejarse junto al grupo. La calle estaba húmeda y calurosa. Pensé que, a lo mejor, las cosas debían darse de esa manera. Metí las manos en el saco y, al llegar a la esquina, recordé que tenía la bombacha de Mona, o Marianela, ya no importa. La apreté con fuerza y seguí caminando. Ahora soy libre, me dije, y ella también.

La prueba de inglés

Le pido la moto prestada a papá y me voy para el centro, a la casa del Mati. Toco timbre y cuando sale le digo que traiga una mochila con dos envases de birra. A las cuatro de la mañana no hay nada abierto cerca, me dice. Pero vamos hasta un drugstore en la moto, boludo, dale, le digo. Vuelve, se sube, y arrancamos. Hacemos dos cuadras, tres, cuatro, pasamos el restorán Casanova, estamos llegando, y ahí, justo una cuadra antes del drugstore, nos para un control de tránsito. Primero, se baja el Mati y después yo. No nos revisan, pero me piden los papeles de la moto y me hacen un test de alcoholemia. Da negativo. Le muestro los papeles de la moto. Están en regla. Le digo al zorro que lo único que no tengo es el documento, y con la mano izquierda lo aprieto, suelto, junto con la plata, en el bolsillo del jogging. Si se enteran que tenés dieciséis años te sacan la moto, me había dicho el Mati un momento antes, mientras los inspectores de tránsito hablaban entre ellos. El zorro se lamenta cuando le digo que no traje el documento. Vivo acá nomás, le miento, vinimos hasta el kiosco a comprar puchos y ya nos volvíamos. ¿Y la mochila? le pregunta al Mati. Yo llegué a la casa de él y no alcancé a entrar que arrancamos, le contesta. El viejo mira los papeles que tiene en la mano y después le hace señas a la camioneta de tránsito que está estacionada en frente. Se acerca otro zorro, un gordo de bigote blanco y barba candado.

-El que viene ahí es mi superior, así que si no querés que te saquemos la moto, me vas a tener que dar algo para zafarla –dice el viejo, y se refriega el pulgar de la mano derecha con el índice.

Lo miro al Mati, y empezamos a revolver los bolsillos al mismo tiempo. Cuido de que el documento no se me escape, de que no se deslice hacia arriba del bolsillo, para no quedar en evidencia. Le decimos, después de haber buscado hasta por debajo del asiento de la moto, que no tenemos plata.

-Bueno, entonces dame algo, un papel, no sé, cualquier cosa que parezca un billete. Y la próxima, si te llego a encontrar andando en la moto te la saco de vuelo y no me va a interesar que tengas los papeles en regla. En esta zafás porque estoy de buen humor –dijo el viejo.

Otra vez lo miro al Mati y nos revolvemos los bolsillos, pero ninguno tenía un papel, ni un ticket, ni una entrada, ni uno de esos volantes que te dan en la peatonal, nada. El viejo está impaciente y se voltea para mirar hacia la otra vereda, yo hago lo mismo y veo que el gordo está conversando con un policía motorizado que había frenado detrás de la camioneta después de hacer señas de luces. Me asusto un poco. Entonces, se me ocurre buscar otra vez debajo del asiento de la moto. Lo abro pero lo único que encuentro es una hoja de carpeta doblada en cuatro. La reviso. Es una prueba de inglés. El viejo se me acerca. Dale, dame eso nomás, me dice. Ahí te doy, le digo, y antes reviso la nota. Me había sacado un cuatro. Ahí me acordé, la prueba que me hizo llevar inglés a diciembre. La última chance que me había dado la profesora Silvana. La vuelvo a doblar en cuatro y se la doy al zorro. Justo llega el gordo. Ya está resuelto, le dice el viejo, vayan nomás muchachos, nos dice, y no se olviden de usar casco. No aproveché mi última chance. Yo me subo primero, arranco la moto, después se sube el Mati, y nos vamos. Un cuatro, casi. Una cuadra después nos detenemos en el drugstore y bajamos de la moto. Ponemos las dos cervezas en la mochila y arrancamos de nuevo para la casa del Mati. Otra vez, me subo yo primero y después, mientras arranco, él. Hacemos dos cuadras, tres, cuatro, pasamos el restorán Casanova, esta vez por calle La Rioja, estamos llegando, y ahí, justo a una cuadra de la casa del Mati, viene un auto a toda velocidad, me olvido de mirar para el costado, y ahí, justo cuando tendría que haber aprendido, desaprovecho la segunda última chance que me habían dado, chocamos y nos caemos para el costado. El Mati se pone de pie y yo también. Levantamos la moto. Apenas unos raspones. El hombre del auto nos pide disculpas, lo miro al Mati, aceptamos las

disculpas. El tipo agarra su celular, teclea, y llama a los zorros. Así hacen el croquis y el seguro cubre los daños, dice. Saco una cerveza de la mochila y la destapo con el encendedor. Nos sentamos en la esquina, en el cordón de la vereda. Después, me acuerdo, rendí bien inglés en diciembre, pero tuve que estudiar una bocha. Al rato llega la camioneta de tránsito. Primero se baja el viejo, del lado del conductor, y segundo el gordo.

Buen día, Wendy

“La lógica pura del acontecimiento construido

trasladada directamente a la vida

produce resultados terribles”

Piglia, Encuentro en Saint-Nazaire.

La tarde que se lo preguntó Gastón estaba sentado leyendo en su silla playera, en el balcón, y le respondió que sí, que lo trajera, y después se echó a reír con la cabeza inclinada hacia atrás. Jacobo, lo trajo ese mismo día. Se lo vendieron los chinos (él dice que son chinos por la forma de los ojos, pero en realidad desconoce su verdadero lugar de origen) del supermercado La Nueva Luna. Era chiquito y no molestaba, dormía en su pieza, en un colchón que le armó con frazadas y almohadas viejas al lado de su cama. La tarde en que Gastón le contestó, no sabía muy bien de qué hablaba su compañero, estaba pensando en otra cosa, y creyó que le hacía un chiste, pero como no tenía ganas de prolongar la charla, simuló riéndose y se limitó a decir que sí. Al principio, ni siquiera hacía ruido, dormía la mayor parte del

tiempo. Jacobo se había vuelto paternal de un momento a otro y solo se dedicaba a cuidarlo. El nombre lo decidió él solo, ya que su concubino no le prestaba demasiada atención; es decir, no entraba a la pieza, donde él ejercía su paternidad, si no le pedía que fuera. Sin embargo, cuando Jacobo se decidió por un nombre, se tomó la molestia de preguntarle si le gustaba. Esa misma tarde estuvo Tati en el departamento, la ex de Jacobo, y Gastón los vio, desde el balcón, entrar directo a la pieza. Pensó que otra vez tendría que soportar los gemidos de la chica, que según Jacobo eran incontrolables, y se lamentó de antemano. A los quince minutos salieron, -él estaba merendando en el living-comedor-, y ahí fue cuando Jacobo le preguntó si le gustaba el nombre “Wendy”. Es mujer, le confesó. Gastón entendió todo: Tati, que estaba en último año de veterinaria, había acudido al departamento pura y exclusivamente para revisar a Wendy, para saber si era hembra o macho, y por eso (y por suerte) él no tuvo que soportar sus gemidos, como tantas otras tardes.

Una vez, se masturbó escuchándolos. Gastón era más bien solitario, abstemio y responsable, a diferencia de su compañero de piso, que se lucía por ser mujeriego, popular entre los compañeros de la facultad y elegir los bares antes que el estudio. La diferencia los hizo buenos amigos. Así suele pasar, de hecho, con todas las amistades. La verdadera unión se produce a través de los quiebres, de las grietas, y no a través de las compatibilidades. Uno acepta esas grietas y salva las distancias. En el amor también existen esos quiebres, pero lo que suele suceder es que uno no puede salvar las distancias, la relación se termina contaminando y esas grietas empiezan a abrirse de manera tajante, hasta que sendos amantes caen en un agujero de toxicidad irreparable.

De a poco, según observaba Gastón, Jacobo empezó a enfocarse cada vez más en las tareas de la casa, específicamente en el orden y la limpieza. Por otra parte, dejó de ir a la facultad, y eso era algo grave, teniendo en cuenta que sus padres lo mantenían enviándole cierta cantidad de dinero todos los meses; su compañero, sin embargo, lo tenía al tanto de las fechas de exámenes y presentaciones de trabajos prácticos. Las botellas de cerveza rondando por el living todas las noches, los gritos de bronca hacia Tati por un lado y los dulces gemidos de ella por el otro, los ceneceros rebalsados de colillas por las mañanas, el olor a porro entrando por debajo de la puerta de la pieza y despertándolo con asco, las cenizas desparramadas por el piso, desconocidos entrando y saliendo, la música sonando hasta altas horas, el vómito violeta a los costados del inodoro, todo eso se había terminado para el paciente Gastón, para Gastón el abstemio, el que se queda leyendo por las noches, el que se la

pasa estudiando y no sale nunca de la pieza. Jacobo empezaba, al fin, a enderezarse.

El departamento brillaba por donde lo mirase. Cuando Gastón volvía de la facultad con una vianda de comida para cada uno, Jacobo lo esperaba con la mesa lista y después se encargaba de lavar los platos, diciéndole a su compañero que ya había hecho demasiado trayendo la comida y poniéndolo al día con lo que decían los profesores y lo que menos podía hacer por él era encargarse de las tareas domésticas. Después, ambos se reclinaban en sus respectivas habitaciones y no volvían a verse hasta entrada la noche, cuando Gastón regresaba de la facultad y Jacobo lo esperaba con la cena preparada. Solo hablaba de Wendy. Cada vez que Gastón le comentaba algo sobre un examen, él lo rechazaba con sutileza y desviaba la conversación hacia el progreso físico y mental de su nueva mascota. Hacía mucho que no mencionaba a Tati, por cierto, de quien habló tanto durante sus primeros meses de noviazgo. Contaba que Wendy estaba re grande, comía sola (mientras ellos cenaban en el living-comedor, ella cenaba en la pieza), que la había bañado unas cuantas veces pero, a pesar de los avances, contrataría a un educador-zoólogo, porque estaba creciendo deprisa y ya era hora de que aprendiera ciertos comportamientos y normas del mundo humano. Cada vez que Jacobo hablaba de Wendy en estos términos Gastón no hacía otra cosa que asentir, de la manera más solemne que podía, y decirle que eso estaba muy bien. Pero, en realidad, creía que su compañero se había vuelto loco, se había tomado muy a pecho lo de tener una mascota y por eso la protegía sobremanera, a lo mejor (esta fue la última conclusión que sacó y la más descabellada de todas) había intentado tener hijos con Tati y no podían porque él era estéril o ella era infértil; pero le pareció demasiado, nadie a esta edad piensa en tener hijos y, además, la relación entre ellos se venía agrietando hace mucho tiempo. Empezó a complicarse, recuerda Gastón, la noche anterior a esa tarde en que Jacobo le preguntó si él tenía algún problema en que lo trajera. Desde entonces, Tati dejó de venir, a excepción de la visita que duró quince minutos. Aquella noche, Gastón escuchó desde su pieza, mientras leía, que Tati y Jacobo discutían con crueldad, que él le gritaba, como tantas otras veces, luego, unos vidrios se rompían y la puerta de entrada se azotaba.

Llegó tarde al departamento, después de clases, y Jacobo lo estaba esperando con fideos a la parisiense; mientras comían se sintió un ruido que provenía de la pieza de él. Entonces se levantó y Gastón aguzó el oído para enterarse de lo que estaba pasando. Todavía no había visto a Wendy ni una sola vez. Escuchó que su compañero estaba furioso y le decía:

-¿Vos no te das cuenta, Wendy? ¿No te das cuenta de lo que hacés? Tiraste la comida al piso ¿No te parece demasiado el esfuerzo que hago para mantenerte? -después, rompió a llorar.

II

Tengo un amigo que es trapecista y dueño de uno de los circos más famosos del mundo. El otro día lo llamé, porque sabía que estaba de gira en la ciudad, y nos encontramos en un café. Le conté que andaba medio corto de plata y le pregunté si por casualidad tenía un trabajo disponible. Me dijo que no, porque en el circo no había nada para hacer que no implique cierta capacidad artística y profesional. Hasta donde yo sé, vos no haces nada que tenga que ver con el circo, señaló; sin embargo, tengo otra cosa para ofrecerte, pero será mejor que lo hablemos en otro lado. Fuimos hasta el hotel donde se hospedaba y nos acomodamos en los sillones de su habitación. El trapecista destapó una botella de Rutini. Empezó a decirme que existía una posibilidad para que yo ganase mucho dinero, pero, que había condiciones, y eran dos: tendría que invertir cierta cantidad y correr algunos riesgos. Le comenté que tenía plata ahorrada en dólares y me dijo que eso estaba muy bien, de todos modos, el primer trato lo tendría que hacer con otras personas y no con él. Se levantó y desapareció de la habitación. A los cinco minutos volvió con un sobre en la mano. Lo apoyó sobre la mesa y empezó a explicarme de qué iba el asunto.

-La cuestión es la siguiente. El otro día, al final de las funciones que hicimos en uno de los pueblos a las afueras de la ciudad, se acercaron a la trastienda de la carpa dos chinos. Venían con la idea de encajarme un panda bebé que se querían sacar de encima, imaginate que me lo ofrecieron a tan solo mil dólares. ¡Mil dólares por un animal que vale por lo menos quinientos mil! Y bueno, entonces yo les dije que no lo quería, no me servía para nada tener un panda bebé. Educarlo para el circo cuesta mucho trabajo, viste, y en ese momento no disponía de tiempo suficiente. Ahora bien, Jacobo, yo te propongo lo siguiente. Vos vas con tus dólares ahorrados y les comprás el panda a los chinos, que tienen un supermercado que se llama La Nueva

Luna. Ahí, en el sobre, está todo bien detallado. Después te encargás de educarlo junto con la ayuda de un tipo que trabaja con nosotros, un educador-zoólogo bastante bueno, en el sobre también está su número telefónico para que puedas contactarlo, y si lográs educar al panda hasta el punto de que se asemeje a un ser humano, si lográs que ese bicho pueda hacer cosas como las que hacemos nosotros, me lo traés al circo y yo te pago treinta mil dólares –finalizó, mirándome fijo a los ojos. Después, me dio la mano y la estreché con fuerza. El trato estaba cerrado.

Fui a hablar con los chinos a los dos días. Me encontré con uno medio regordete que estaba sentado en la puerta de entrada y, según las indicaciones del dueño del circo, le dije que necesitaba hablar en privado. Me condujo hasta una parte del supermercado que antes funcionaba, al parecer, como carnicería, y ahora tenía las heladeras vacías y tapadas con papeles de diario. Qué necesita, me dijo. Saqué el sobre y le mostré una foto de mi amigo. Le dije que él me había mandado a hablar con ellos por el tema del panda bebé. Me hizo un gesto para que hiciera silencio y, susurrando, explicó que tendría que venir la próxima semana, porque primero ellos debían buscar al panda y traerlo al supermercado. Mil dólares cuesta, finalizó. Está bien, le contesté. Me acompañó hasta la puerta de entrada. A la media cuadra, miré hacia atrás. El chino me observaba, parado en la vereda, afuera del supermercado. El primer trato había sido más fácil de lo que pensaba.

La semana siguiente, invité a Tati para contarle todo lo que había pasado, tanto mi encuentro con el trapecista como el plan de llevar a cabo la crianza de un panda. Pensé que se iba a emocionar, o que, al menos, iba a apoyarme con lo que tenía ganas de hacer. Pero me equivoqué. Enseguida empezó a decirme, elevando el tono de voz, que estaba loco de remate, que cómo iba a tener un panda si apenas podía mantenerme a mí mismo. Se puso furiosa, intenté explicarle que justamente quería comprar el panda para criarlo y luego venderlo a un circo. De tan enojada que estaba no me escuchó, o no me entendió. Eso me dio una bronca tremenda y terminé por exasperarme cuando me gritó que era un hippie asqueroso, que no podía ni siquiera terminar la carrera e iba a ser un fracasado toda mi vida. Entonces, agarré las botellas de cerveza que había comprado, ya estaban vacías, las empecé a revolear por la pieza y el piso quedó cubierto de vidrios. Después la eché. Temía perder la cabeza. Cuando llegamos al hall del edificio rompió a llorar y me abrazó, arrepentida. Le dije que no la quería ver nunca más, que esos arranques de rabia no eran frecuentes en mí y prefería evitar volver a pasar por lo mismo. Ella me contestó, insistente, que cómo iba a criar a un panda, cómo podía ser que prefiriese eso en vez de tener

un hijo. No le entraba en la cabeza que necesitábamos plata, tampoco intenté explicárselo. Le pedí que se fuera.

No pude dormir en toda la noche. Concilié el sueño recién a las ocho de la mañana. Escuché cómo Gastón se levantaba y ponía en marcha la cafetera. Antes de dormirme pensé, vagamente, cómo le diría lo del panda. Supuse que sería más fácil tratar ese asunto con él que con Tati. Me desperté a la tarde y entré a bañarme de inmediato. Me vestí, fui al living y lo busqué. Estaba en el balcón, sentado en su silla playera, con un libro entre las manos, y ahí nomás le dije lo del panda. Se echó a reír de manera exagerada y luego me dijo que sí. Esperaba otra cosa, un sermón de su parte, pero no hizo ninguna pregunta. Tomé los mil dólares de mis ahorros del segundo cajón del ropero, y fui al supermercado La Nueva Luna.

Saludé al chino-seguridad medio regordete, con el que había hecho el trato la semana anterior, y ni bien me vio se levantó de su asiento y empezó a hacer señas para que lo siguiera. Atravesamos el supermercado entre medio de las góndolas y llegamos hasta el final. Abrió una puerta que decía “Prohibida la entrada a toda persona ajena al establecimiento” y pasamos a un galpón enorme, que funcionaba como depósito, donde acumulaban centenares de cajas con alimentos y cajones repletos de botellas. Había un chino sentado sobre un sillón con el tapiz descuartizado, me transmitió algo de miedo, tenía una cicatriz que le cruzaba la cara por completo en forma de diagonal y era mucho más corpulento que el chino-seguridad. En los brazos acogía algo que parecía ser un bebé envuelto en una frazada. Me acerqué a él. El chino-seguridad volvió a su puesto y nos quedamos a solas. Me mostró aquello que estaba envuelto en la frazada, era el panda. Sentí que el ambiente se enturbiaba y me empezaron a transpirar las manos. Por su cara, el chino-matón parecía enojado. Por un instante, me arrepentí. Pensé en Tati, en que hubiese sido mucho mejor planear tener un bebé con ella y no hacer esta locura. Lo estuve pensando bien y no lo quiero, le dije finalmente. El chino-matón se levantó sin decir palabra y depositó al panda en el sillón con sumo cuidado. Después se abalanzó sobre mí y con un movimiento que no percibí me puso un machete en el cuello. Me llevó, con una mano agarrándome del pelo y con la otra sosteniendo el machete, hasta el final del galpón. El supermercado, junto con el galpón-depósito, cruzaba la cuadra entera. Llegamos hasta una puertita de metal baja que estaba cerrada, la abrió y, escondiendo el machete detrás de su espalda, me hizo agachar para que mirara hacia afuera. En la calle, justo enfrente de esa puertita, había un Chevrolet Camaro blanco con vidrios polarizados. El conductor del auto bajó el vidrio, era un chino de piel pálida que te-

nía la cara gorda y unas gafas de sol puestas, mostró un revólver plateado y le quitó el seguro. El chino-matón me levantó y cerró la puertita metálica. No es nuestro, me dijo finalmente, es de ellos. Si no lo llevás, hay muerte. Saqué los mil dólares del bolsillo y se los di. Los agarró con una mano, con la que antes me sostenía del pelo, y con la otra siguió manipulando el machete. Guardó el billete y me condujo, tironeándome del pelo, hasta una silla que estaba a pocos metros. Me sentó bruscamente y tomó una maquinita de cortar el pelo. Ató mis manos al respaldo de la silla y me dejó pelado. Luego, me desató y, tras quitarme la remera, me colocó una de distinto color. Exigió que me fuera de inmediato y llevara al animal dentro de un bolso que él mismo se encargó de facilitarme. Cuando salí del supermercado, por la puerta principal, había un patrullero en la cuadra de enfrente con cuatro policías adentro y no cesaban de mirar la entrada de La Nueva Luna. Pasé desapercibido y llegué sin problemas al departamento. Por suerte, Gastón no estaba.

III

Tati no volvió. Jacobo, siguió comportándose como un padre soltero capaz de llevar adelante la crianza de un hijo junto al orden y la limpieza de un hogar. El departamento continuaba brillando por donde se lo mirase. Contrató a un educador-zoólogo que le daba clases (Gastón no entendía muy bien de qué iban) a Wendy. Aún no la había visto. Empezó a creer que su compañero tenía algo raro entre manos, o simplemente era la persona más extraña que había conocido. Procedía de manera impecable, los enojos habían cesado a la par de su alcoholismo, y lo escuchaba reírse, por las tardes, con Wendy o de Wendy.

El tiempo no se prolongó mucho más, por suerte, el momento de conocer al panda llegó antes de que tomase la decisión de mudarse. Gastón ya estaba harto de ese ocultamiento, la curiosidad de veras lo traía mal, y estaba meditando irse del departamento y alquilar un cuarto en alguna pensión. No le molestaba tener un panda en la casa, en absoluto. Es más: la idea le parecía fantástica y le despertó un entusiasmo tal, que pasó algunas noches mirando documentales sobre la especie en

cuestión. Haberlo conocido, saber cómo era ese animal, simplemente verlo, por un lado, y que Jacobo hubiera cambiado sus hábitos de convivencia, por otro, lo convencieron de quedarse. Cuando vio por primera vez a Wendy, ya sabía todo sobre los pandas. Jacobo lo invitó a pasar al cuarto. Fue la primera vez que entró desde que Wendy había llegado. Antes de que atravesaran la puerta, le dijo que estaba aprendiendo las letras. Se encontraba sentada frente a un abecedario enorme, en el que cada letra se correspondía con el nombre de un animal, tenía la espalda grande, blanca y negra, y masticaba un pedazo de caña de bambú. Gastón le preguntó de dónde había sacado el alimento. Jacobo le tapó la boca, pidiéndole que se callara. El panda no volteó para ver quién estaba detrás de sí, quién era esa nueva persona que irrumpía en su territorio. No dejaba de mirar el abecedario. Abandonó las letras cuando sonó el timbre. Entonces, Gastón la pudo ver bien, y ella también lo observó, con sus grandes ojos grises circundados por el negro pelaje, lo miró como miran los niños a sus madres y él pensó que aquellos ojos eran los más hermosos que había visto en su vida. Jacobo le pidió que se retirara porque había llegado el educador-zoólogo y necesitaba estar a solas con Wendy para enseñarle a hablar. Gastón se retiró y tomó asiento en uno de los sillones del living-comedor. Vio entrar al educador-zoólogo, un tipo alto y flaco, de bigotes, vestido con un overol marrón y un sombrero de ala ancha.

No volvió a verla por algunas semanas. Un domingo, en el que se levantó temprano, como de costumbre, preparó café en la cocina y después se dirigió a su silla playera con la taza en la mano, dispuesto a leer una novela. Cuando atravesó el living-comedor, vio que en uno de los sillones había un cuerpo enorme, inmóvil, y reconoció de inmediato su figura. Se paró detrás de ella y vio que tenía un diario entre las manos. Entendió que estaba leyendo, o al menos eso era lo que aparentaba. Wendy levantó la vista, y sus ojos grises, hermosos, circundados por las aureolas negras de su brillante pelaje, se posaron sobre él. Gastón se sintió tranquilo, una extraña familiaridad animal, íntima y cotidiana, los acercaba.

-Buen día, Wendy –le dijo.

-Buen día.

Índice

Prólogo.....	11
Saturno.....	15
Primer piso.....	21
Las fórmulas no fallan.....	25
El piano de Sara.....	31
Recaer en el zenit.....	35
Los buenos modales.....	47
Dormir sin alarma.....	51
Pescado frito.....	59
Mabbo.....	63
Tom Wave.....	67
Los desentendidos.....	77
La prueba de inglés.....	81
Buen día, Wendy.....	85

El universo narrativo que despliega Felipe Hourcade está plagado de ecos que se abren paso a lo largo de los diferentes relatos que componen este libro. Se trata de narraciones que presentan impulsos de una cierta animalidad, lugares oscuros de la existencia, el devenir de sujetos que se limitan a transitar su vida llevados por la corriente pero que, sin embargo, luchan de manera constante por salirse de los cauces impuestos. Ese gesto que esbozan los personajes de Felipe Hourcade está, muchas veces, vinculado con la presencia de determinados objetos que ejercen una influencia sobrehumana sobre los destinos, y que llegan a convertirlos en inexorables: un piano, una computadora, un libro infantil o una camisa adquieren una significación que colma estas vidas –total o levemente marginales– de un sentido que las trasciende. En ese diálogo entre sujeto y objeto, mediado por espacios cerrados, casi claustrofóbicos, se encuentra una de las posibles formas de entrar en este libro.

Manuel Díaz